

GFS-193-D

El gallardo español  
(mecanografiado)

EL GALLARDO ESPAÑOL

f. f. s.

EL GALLARDO ESPAÑOL

Unión de película, original de  
Guillermo Fernández Shaw



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

EL GALLARDO ESPAÑOL es la película de la juventud briosa de Miguel de Cervantes. El hecho de que el inmortal novelista escribiese su DON QUIJOTE DE LA MANCHA en el otoño de su vida, hace que le veamos, en general, como hombre de talento y de experiencia excepcionales, aureolado por el nimbo de su gloria, pero desprovisto de la fragancia de la juventud. Y, sin embargo, Cervantes fué hombre excepcional desde sus años mozos. Su conducta heroica en el memorable combate de Lepanto y su constante arrogancia durante el tiempo de su cautividad en Argel, demostraron ya la fortaleza de su ánimo y la agudeza de su imaginación.

Tenía Miguel de Cervantes Saavedra veintiocho años cuando cayó en poder de los piratas argelinos. Fué su cautiverio de un lustro una sucesión no interrumpida de actos de valor, de pruebas de ingenio, de arrogancias y de abnegaciones. Afrontó los peligros con serenidad y arrojó la muerte con gallardía; muerte que no llegó, porque necesitaba España su vida fecunda para el logro de uno de sus mayores prestigios.

Los biógrafos de Cervantes no hablan de episodios de amor durante esa época de su cautiverio; pero es indudable que los sugieren. El propio Miguel en sus relatos y en sus obras de cautivos, traza escenas amorosas, inspiradas probablemente en sus recuerdos. Puede serle permitido, pues, al autor de un argumento de cine,—como lo fué al dramaturgo y al novelista,—evocar la figura del glorioso escritor, rodeándola, en aquel ambiente del Argel corsario, de las aventuras tiernas o apasionadas a que seguramente le llevó su temperamento enamorado. Las mujeres que desfilan por esta película, si no fueron en la realidad las heroínas de tales aventuras, bien pudieron serlo.

El título de EL GALLARDO ESPAÑOL es el de una comedia cervantina. No hemos dudado en ponerlo al frente de esta obra, porque en ella el español gallardo es el mismo Miguel. Y él, en su comedia, lo aplicó a un personaje de su vitola, llamado precisamente Saavedra.

Acaso se nos pueda objetar que nuestro Cervantes es un ser demasiado

bueno, demasiado ~~no~~ perfecto; sin los vicios y desfallecimientos de todo hombre que lucha. Acaso tenga razón quien así piense. Pero si los defectos de Cervantes nos son desconocidos y las virtudes resplandecieron en él, ¿no es un deber de todo español presentar la figura juvenil del sublime manco en la plenitud de su grandeza espiritual?

=====

Miguel de Cervantes, en plena juventud, cautivo  
en Argel.

Capítulos heroicos de una vida gloriosa. (1575-80)

=====

- Unos ojos. Unos ojos de mujer, solos; como iluminados, ellos solos, por un rayo de sol. Unos ojos que miran a lo lejos y sonríen...Y que, de pronto, emocionados, lloran...De ellos se desprenden unas lágrimas.
- Los ojos son de una mujer joven y bonita; de una dama italiana, - de 18 o 20 años, - que se halla en el muelle del puerto de Nápoles y, con su diestra, agita un leve pañuelo de encaje en señal de despedida.
- Otro pañuelo, mayor, que también se agita en el aire. Pero éste pertenece a un joven soldado español, de 28 años que, desde la popa de una goleta, dice adiós también a la bella napolitana. El soldado es guapo: de mediana estatura, de aguileño rostro ligeramente moreno, de frente lisa y desembarazada, recortado cabello y barba y bigote rizados, de color castaño.
- Con la dama está una dueña, que procura alejarla de allí. En torno, otras personas que despiden, y grupos abigarrados de gentes del puerto.
- El soldado ha cesado de despedirse. Su mirada contempla el caserío de Nápoles, que parece que se aleja; el Vesubio, otras alturas...
- Pero la que se aleja es la goleta, flanqueada por otras dos naves análogas. Son naves pequeñas. En la que conduce al soldado, - aún se le vé asomado a la borda, - se lee, en popa, su nombre: SOL.
- El soldado se ha quedado abstraído mirando al cielo. Una mano le toca en el hombro. Y otro soldado, más alto que él y algo más joven, rubio y de cejas hirsutas, le dice: -"¿qué miras, Miguel?"
- "Miro el cielo de Nápoles", contesta. - "¿No has reparado? Es azul de turquesa por la mañana y es azul de zafiro por la tarde."
- "¿Como los ojos de esa signorina?"
- "Como esos ojos, que soñaron con un imposible. Yo no soy más que un pobre soldado, Rodrigo, que vuelve a España como se fué."
- "Como se fué, no. Vuelves glorioso. Ese brazo es tu mejor ejecutoria." Y Rodrigo señala la manga vacía del brazo izquierdo del soldado, en el que sólo se adivina un muñón en el antebrazo.
- "Vuelvo animoso, que no es lo mismo. ¡La gloria! ¿qué es la gloria en el mundo?"
- "Lepanto, hermano."
- Miguel se yergue. - "¡La batalla naval!" - exclama, - "¡Don Juan!... Razón tienes: la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros."
- Rodrigo le mira con admiración. Miguel pone su mano sobre el hombro del mozo y queda como abstraído en la evocación del sublime momento.

- Otros aspectos de la goleta SOL. En proa, junto a una pequeña pieza de artillería, "de siete quintales", el capitán de la nave, Don Gaspar Pedro de Villena; joven, recio... Tripulantes en sus faenas. Bajo la arboladura, soldados de la compañía del capitán Osorio, jugando a los naipes en torno de un tambor. Más allá, en un extremo de cubierta, unas señoras, unos niños, unos caballeros. Entre éstos, un anciano de rasgos fisonómicos enérgicos.
- El capitán mira a un lado y a otro del mar. Allá, por la izquierda, navega la galera MENDOZA. Por la derecha, la HIGUERA. Su cara refleja satisfacción.
- Volvemos ~~una~~ a popa, endonde sigue la escena de los dos hermanos. Miguel dice: -"Mira. El capitán ~~xxxxxxxxxxxx~~ Urbina me las entregó antes de embarcar. Ayer las consiguió para mí." Y saca de su pecho unos papeles, cuidadosamente guardados. -"Son las cartas de mi señor Don Juan y del Virrey, señor duque de Sessa, para Su Majestad."
- "Don Juan de Austria te quiere"...
- "Don Juan de Austria me honra"...
- Rodrigo lee en una de las cartas. Primer plano de las manos de Rodrigo, con un papel, en el que figuran, manuscritas, las siguientes líneas:  
...."UN SOLDADO HASTA AHORA INADVERTIDO, PERO QUE SE HA CONQUISTADO LA ESTIMACION GENERAL POR SU VALENTIA, INTELIGENCIA Y BUEN PROCEDER"...
- "¡Es un gran honor!", dice Rodrigo, devolviendo las cartas.
- "Puede ser un buen porvenir", comenta, ilusionado, Miguel.
- "¿Capitán, acaso?"
- "¡Capitán!"...
- En los soldados que juegan a los naipes, se ha producido una disputa. Discuten, se acaloran. Dos de ellos, muy jóvenes, y por lo tanto más fogosos, llegan a las manos...y ruedan por los suelos. Los demás están también a punto de acometerse.
- Miguel y Rodrigo interrumpen su charla, sorprendidos por la pelea. Acuden presurosos; y, mientras que Rodrigo se enfrenta con los que se amenazan, consiguiendo apaciguarlos, Miguel, ágil y fuerte, separa a los que luchan. Uno de ellos se aleja, dolorido. El otro, reaccionando vivamente, se enfrenta con Miguel.
- Entonces, éste le reconoce. -"¡Tú!", -exclama.- "¡Tú, aquí?. ¿Con esas trazas? ¿Con ese uniforme?"
- "¿Te disgusta, Miguel?"
- "Me asombra, Angélica."
- En efecto, se trata de una mujer bellísima, de rasgos enérgicos, disfrazada de hombre.
- "¿Adonde vas?"
- "A España. Supe que embarcabas. Me alisté como soldado en la compañía de Osorio."
- "¿Qué locura es ésta?"
- "Locura de celos, locura de soledad, locura de amor..."
- "Pero...tu madre...tus hijos..."
- "En nuestra posada de Lucca quedaron...Esperarán. Les dije que venía a Nápoles."

- "Eso no puede ser. Volverás."

- "¡Contigo... ¡Contigo!"

- "¡Calla!"

- Se acerca Rodrigo. Y dice a su hermano: - "Viene el capitán. Habla tú por todos."

- El capitán del barco, efectivamente, llega ante el grupo. Y pregunta: - "¿Pasó la algarazara?"

- Miguel, sonriente, contesta: - "Pasó, mi capitán."

- "Esta tropa quiere, por lo visto, quedarse a vivir en gurapas."

- "Es el bernacho, que se sube a las cabezas jóvenes..."

- "Pues que miren no se encanezcan con andar al remo."

- Los soldados van alejándose más o menos tranquilos y más o menos recelosos... Angélica, entre ellos, no aparta la mirada de Miguel, que finge no advertirlo.

- Marineros que izan las velas. Y éstas, que se hinchan, gozosas, al soplo de una brisa suave.

- Oscurece. Alguna nube. Miguel y Rodrigo, en sus petates, dispuestos a dormir.

- Otro día. Amanece. Miguel, solo, en cubierta, observa la salida del sol. Llega hasta él Angélica. - "¿No me guardas rencor?", pregunta ella.

- "Rencor, no. Pero has creado en mí una nueva inquietud. ¿Has pensado en tu marido?"

- "Lleva muchos meses bajo las banderas venecianas."

- "¿Y en tus hijos?"

- "Mi madre los aparará. Yo sólo he pensado en tu cariño."

- "¡Oh, insensata demencia! Lo que fué para mí una leve aventura..."

- "...Es para Angélica luz y razón de vida. ¡Llévame a España, español! ¡Esclavízame! ¡Desprécíame! Pero... ¡llévame contigo! Me has mirado como nadie me miró; me has hablado como nadie me habló..."

- "¡Y, ahora, entra esa chusma! ¡Expuesta a mil peligros!"

- "Sé guardarme. ¿No lo viste ayer? ¿No comprendes?"

- "Sólo comprendo, mujer, que he de salvarte."

- Un marinero ha subido a una jarcia y canta:

Caminito de España  
me lleva el viento,  
testigo de mis penas  
y mis deseos...  
¡Tierra bendita!  
¿Qué tienes, que no hay tierra  
como la mía?"

- Per cubierta, durante parte de la copla, ha venido, - del brazo del capitán Gaspar Pedro, - el caballero anciano que figura entre el pasaje.

- Desde lejos lo contemplan Angélica y Miguel: -"¿Ves aquel hidalgo? ¡El general Carrillo de Quesada! Héroe de la Gómera. Vistió a las mujeres de la plaza de soldados."
- Angélica ríe. -"Si es preciso, -dice,- se pondrá a sus órdenes el soldado Angel ~~de~~ Giordano."
- Dos o tres momentos que den sensación de unos días de navegación: mar, nubes, velas rizadas, operaciones de la marinería...
- De pronto, viento que se levanta (S. O.), gaviotas alocadas, precauciones en la tripulación, órdenes del capitán. Las galeras se alejan unas de otras.
- La galera SOL se adelanta. Navega sola. Al amanecer de un día, un marinero, sentado en la proa, va mirando hacia el horizonte. Algo le llama la atención. Su rostro adquiere gravedad. Despierta a un compañero que dormita junto a él. "¡Mira!", le dice. El otro se frota los ojos para ver mejor. -"¡Son galeras! ¡Galeras del Turco!" No necesita el primer marinero oír más. Y, a grandes voces, corriendo por todo el barco, comienza a gritar: -"¡Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren!"
- ¡Momentos de confusión! Confusión en los grupos de pasajeros, medio dormidos aún; en los soldados, en la marinería... El capitán, junto al contramaestre, mira desde la borda: -"¡Ellos son!"
- "¡Maldito Uchali!", comenta el contramaestre.
- "Se agazaparon como fieras en las bocas del Ródano."
- "¡Mal encuentro! Veo tres galeotas."
- "¡Y nosotros, solos! Pero, ¿qué importa?" Ha llegado al grupo el anciano caballero: -"¿Corsarios?"
- "¡Corsarios!", afirma gravemente el capitán.
- "¿Cual es mi puesto?"
- "¡Vos, general?"
- "¿Cual es mi deber?"
- "Hacedos cargo de la artillería."
- Órdenes rápidas. Los marineros despliegan las velas. Los soldados acuden a sus armas y ocupan cañones y puntos estratégicos. Otros se consagran a contener, alentar y tranquilizar al pasaje civil.
- En el castille de popa aparece Miguel, al frente de unos cuantos soldados. Rodrigo, al pie de una pieza de artillería.
- Miguel mira al mar y dice: -"Seis, siete galeotas." Observa que un soldado jovencillo, que está a su lado, tiembla: -"¿Tienes miedo, garzón?" Consta al mozo: -"Pienso en mi madre." Miguel responde: -"Piensa en la Virgen y confía en ella."
- Ante el grupo de Miguel y los suyos pasa corriendo Angélica. Miguel grita: -"¡Eh! ¡Soldado!" Angélica se detiene. -"¿Adonde va el señor Angel Giordano?" Ella, indecisa: -"Buscaba..." El agraga: -"¡Lo que buscábais no me interesa! ¡Yo os necesite aquí, con estos mozos!" Angélica se incorpora al grupo.
- En el mar, desplegadas, unas galeotas turcas.
- Rápidamente, varias notas que dan sensación de un combate naval, del si-

gle XVI, con una desproporción de fuerzas de siete contra uno: fogonazos en las galeotas turcas, columnas de agua que levantan los proyectiles al caer en el mar; bocas de los cañones de la goleta SOL, que disparan; un cañonazo que alcanza a la cubierta del barco cristiano; figuras aisladas del capitán, el general Carrillo de Quesada y Miguel, en sus puestos...

-Dos galeotas que se aproximan. Un sacudimiento, con fuerte estrépito, en la nave española. Otro, mayor aún, en seguida. Y los ganchos del abordaje, clavados a babor y estribor de la galera.

-Un borbotón de piratas que irrumpe en cubierta, con alfanges y gúmfas. Otro grupo airado, que desembarca por el lado opuesto.

-Luchas cuerpo a cuerpo. Hombres que caen. Gritos: en los corsarios, "¡Gualá! ¡Gualá!"; en los cristianos, -"¡Por Dios y por el rey!"

-Un pelotón de piratas que baja por el puente y arrolla a la tripulación que pugnaba por salvarse.

-El capitán de la galera SOL, que cae a tierra, herido por un arcabuzazo. Tres o cuatro turcos que se desploman, muertos por disparos. Rodrigo luchando con un pirata.

-En popa, Angélica derriba con su espada a un corsario. Otro corsario viene por detrás de ella para asestarle terrible golpe. Pero surge otra espada providencial: la de Miguel, que no sólo detiene el golpe, sino que deja malherido al turco.

-En este instante, cuatro brazos de piratas sujetan, por la espalda, a Miguel y le dejan inutilizado, a pesar de que forcejea desesperadamente. Lo mismo hacen otros piratas con el bravo soldado que es Angélica.

-Una carcajada estridente, que retumba en el barco. Se ve en primer plano la cara redonda y fea de un turco, al que faltan media oreja y varios dientes. Por el turbante, con una gran joya, y por el indumento se comprende que es persona de autoridad.

-La carcajada suena ante el estupor, el terror, la cólera reconcentrada o la viril serenidad de los distintos cristianos, a quienes se va viendo atados-o maniatados solamente,- en distintos lugares de la galera, cuyo suelo aparece lleno de cadáveres y de otros despojos de combates.

-La cara pertenece a un hombre de figura rechoncha, que es cojo de la perna derecha. Para sustituirla, lleva una pata de palo, en la que ~~se~~ apoya el fémur.

-Y el jefecillo dice: -"¡No tembléis, perros, no tembléis! El arraez Arnaut Mami os protege." Y ríe otra vez. -"¡Buena protección será la suya, si es otro pijo como tú!", comenta para sí el bueno de Rodrigo, debatiéndose entre sus ligaduras...

-El general Carrillo de Quesada, atado también, está junto a Miguel y mira desde lejos al grotesco jefe turco. -"Debe de ser,- dice,- Dali Mami, el renegado. Su cojera lo publica."

-Pero Miguel apenas si escucha al buen caballero. Ha perdido de vista a Angélica y se desespera en su forzada inmovilidad. -"¡Angel! ¡Angel!..."grita con toda la fuerza de sus pulmones.

-Dali Mami,- el grotesco jefe turco,- pasea orgulloso ante sus vencidos indefensos. -"¡Perros cristianos! ¿Qué os figurábais? ¿A España a esconder vuestras riquezas? ¡No habéis contado con el poder del Turco!"

-"¡Angel! ¡Angel!" sigue clamando Miguel. Dali Mami pasa, fanfarrón, ante Rodrigo. Este, en ~~tierra~~ hace un supremo esfuerzo para estirarse y pone la zancadilla al único pie útil del pirata, el cual cae aparatosamente. ~~por~~  
el suelo.



-Sigue el registro. Al llegar los turcos a Angélica, van a cachearla, como a los demás soldados. Ella se resiste. Hay un momento de forcejeo; pero un pirata la sujeta, mientras que el otro registra. Como no encuentra nada, insiste...y le abre el colete. Una sonrisa indefinible se dibuja en el rostro del corsario. Ha tenido un hallazgo inesperado. Cierra el colete y dice al compañero. -"No tiene nada." Se queda mirando al supuesto soldado con ojos en los que asoma el deseo; pero la mirada de Angélica es tan firme y tan resuelta, que el corsario se aleja, sin añadir palabra.

-El renegado Dali Mami, en una pequeña cabina, sentado ante una mesa. Delante de ella, dos sillas. Dali Mami escribe. Al mismo tiempo, habla:  
-"Veintiocho esclavos...Me corresponden ocho. Y, ahora, para Hasán Bajá... para Arnaute Mami... ¡No se quejarán de la galima!"

-Aparece en la puerta de la cabina el corsario principal que hizo el cacheo. -"¿Quiere mi capitán ver lo recogido?" A lo que contesta Dali Mami: -"Deja ahí las talegas." Entran los cuatro piratas y depositan en un rincón los sacos. Cuando se van, el corsario principal se vuelve y, guiñando un ojo, dice: -"Entre los soldados, hay una mujer; ¡hermosa como una ~~hermosa~~ hurí del paraíso!"

-"¿Por qué va disfrazada?" El corsario se encoge de hombros y se limita a decir: -"Es tan brava como hermosa!" La cara fofa de Dali Mami se transfigura: -"Yo la interrogaré. Tráemela aquí."

-El corsario llega ante Angélica y le ordena: -"¡Sígueme!"

-En la cabina de Dali Mami, éste, en pie, interroga a la joven italiana. -"¿Quién eres?" Ella contesta: -"El soldado toscano Angel Giordano, puesto bajo las banderas del rey de España, mi señor."

-Dali Mami no la deja salir; -"¡Mientes! Eres una mujer. Ella, imperturbable: -"Entonces, ¿por qué me preguntas?"

-"No me engañó mi marinero: ¡brava y hermosa! ¿Sabes que eres <sup>es</sup> mi esclava?"  
-"Ahora, sí," exclama, arrogante, Angélica dentro de sus ligaduras. -"Y, ¿si yo te diese la libertad?", pregunta, baboso, el renegado. Ella, despectiva: -"¡De tí no la quiero!" Dali Mami se aproxima a Angélica para abrazarla; pero la italiana le rechaza violentamente, haciéndole vacilar.  
"¡No te acerques, cobarde!"

-En cubierta, los piratas van desatando a los cautivos y poniéndoles, en brazos y piernas, fuertes cadenas. Al general, a Rodrigo y a Miguel, como a los demás. -"He aquí nuevos laureles, señor soldado", comenta el general, que sigue inmediato a Miguel. -"Razón habéis, general. Ahora, ¿qué podemos esperar, cautivos en Argel?"

-Miguel se queda pensativo. -"¡Cautivo en Argel!" repite. Y tararea el estribillo de la canción patria:

"Prisionerito  
mi amante en Argel..."

-Evocada por el pensamiento del cautivo, surge en su recuerdo la canción. La canta una garrida moza manchega sobre el fondo de un molino de viento:

"De laurel es la rama  
de verde laurel; de valor...  
de laurel siempre verde  
como mi querer, ras negras y ocultas verdes, como  
la rama de laurel.

¡Prisionerito los prisioneros van arrojando cuando  
mi amante en Argel!

¡Jesús qué dolor!

Prisionerito de protesta inutil...  
cautivo está mi amor..."

-Durante la canción, se ha visto: a la moza, cantándola; a Miguel, abstraído en su recuerdo, como escuchándola y hasta repitiendo: -"¡Cautivo está

mi amor!", y al general, observándole, curioso y sonriente.

-Volvemos a ver, en la cabina de Dali Mami, al renegado y a Angélica. Está él terminando de quitarle a ella las ligaduras, con cara de súplica vergonzante: -"Haré cuanto me pidas, si me prometes tu cariño." Ella, por toda contestación: -"Ora, quitame esas cuerdas, bruto." Duro gesto de protesta de Dali Mami; pero, ante la mirada de ella, que le sugiere, la obedece, como un perrillo. -"Ya está." En efecto, Angélica ha quedado libre.

-"Ora,- añade ella,- ¡de rodillas! Prométeme lo que te pida." El protesta: -"¡De rodillas, no!"....Pero Angélica insiste, inflexible: -"De rodillas, sí."

-"¡Pero, si no puedo!..." dice, apuradamente, el renegado, intentando doblar en vano la rodilla de la pierna sana, a causa de la rigidez de la otra pierna.

"¡De rodillas, digo!", vuelve a exclamar ella, poniendo una de las sillas ante Dali Mami. Este dobla sobre la silla su pierna y, como un doctrino, va repitiendo lo que Angélica le dice: -"No seré cruel con los cautivos..." -"No seré cruel con los cautivos..." -"Aflojaré sus cadenas..." -"Aflojaré sus cadenas..." -"Les daré ahora mismo de comer..." -"Les daré ahora mismo de comer..."

-Dali Mami se pone de pie, receloso: -"Tú tienes interés por <sup>algún</sup> cautivo." Ella responde: -"Soy cristiana y todos son mis hermanos. ¡Les darás de comer?" -"Tú misma dá la orden." -"No. Yo no puedo parecer tu protegida: cárgame de cadenas, como a los demás..." -"Pero..."

-En la cubierta del barco corsario los piratas distribuyen la comida a los prisioneros: el indispensable "bizcocho" y unos puñados de aceitunas negras. Otros corsarios les van aflojando las cadenas.

-Dali Mami, en su cabina, lee un documento. Sus ojos brillan, avariciosos. Mira la firma y exclama: "¡Don Juan de Austria!" Busca la firma de otro papel que tiene sobre la mesa: -"¡El duque de Sessa! Debe de ser persona principal". Toca en un batintín.

-Un tripulante corsario pasa ante los cautivos gritando: -"¡Miguel de Cervantes!... ¡Miguel de Cervantes!..." Miguel se levanta trabajosamente y dice, al pasar el corsario: -"Yo soy..." El tripulante se le acerca, respetuoso: -"El reis os ruega que me sigáis." Y le desprende la argolla de los pies. Miguel pone cara de extrañeza; pero obedece.

-Llegan Cervantes y el marinero junto al palo mayor. Allí, sobre una caja de madera, hay un pedazo de carne ahumada y una copa de vino: -"Podéis tomar de esto: carne y vino, como cristiano." Miguel sonríe, sarcástico. Toma la jarra y bebe. Come algunos trozos de carne. El corsario agrega: -"Podéis moveros libremente a bordo; pero antes os espera el reis en su litera." Miguel contesta: -"Antes, no. ¡Sígueme!" El gesto autoritario del soldado español es una orden para el pirata.

-Miguel, con dos trozos grandes de carne en el plato, recorre, seguido del marinero, varios lugares del galeón. Por fin, sus ojos hallan los de Angélica, encadenada y sentada en un rincón. -"Toma, amigo", dice Miguel en voz alta, entregándole al pasar uno de los trozos. Las miradas que se cruzan entre Miguel y Angélica son de mutua confianza y aliento. En las de Miguel apunta acaso también el reproche; como si quisiera decirle: -¡VES EN LA QUE TE HAS METIDO?

-Sigue Cervantes su camino hasta encontrar a su hermano. Y le dice: -"¿Quieres carne?" Rodrigo coge el trozo que Miguel le tiende, y lo come glotonamente, preguntando: -"¿Por tu suerte lo tienes?" -"No sé; ¡quizás por mi desgracia!" Y, volviéndose al tripulante: -"¡Vamos!"

-Cervantes ante Dali Mami. Este, con cara adúladora, exclama: -"Conozco vues-

tra grandeza, señor hidalgo." Miguel protesta: -"No soy grande. De mí no se puede sacar nada". -"Dos mil ducados bastan. No es mucho para un hombre como Su Señoría." -"Ni soy grande, ni soy rico, capitán. Soldado soy...y las pocas monedas que ahorré, me las arrebataron tus marineros."

-Dali Mami ríe con su risa característica, menos estentórea que las primeras veces. -"¿No te llamas Miguel de Cervantes?". -"Sí." -"¿No son estas tus cartas de recomendación? Muchos interés demuestran Don Juan y el Virrey por un pobre soldado." -"Mi honradez os justifica. Esas cartas son el premio de una conducta." -"Con habilidad mentís." -"¿Mi religión prohíbe las mentiras!..." -"Eso es ahora. Cuando llevéis unos meses de cautiverio..." Cervantes le interrumpe vivamente: -"¿Jamás renegaré de mi religión...como tú!"

-Dali Mami se encoleriza: -"¿Qué dices, perro?" -"Que fuiste cristiano; que esa pierna y esa oreja bien dicen que fuiste galeote...y que ese turbante proclama que vendiste tu alma por cobarde." Dali Mami coge de la mesa el rebenque y lo alza contra Miguel, que, imperturbable, le desafía con los brazos cruzados.

-Dali Mami, dominado por la mirada de Miguel, baja el látigo y dice: -"Ahora os habéis descubierto: sólo un noble señor, noble y altivo, tiene tanta serenidad y tanta audacia."

-Cervantes, sin pestañear, pregunta: -"¿Queréis algo más, capitán?" -"Nada, señor manco. ¿Quedáis esclavo mío!" -"¿Veremos por cuanto tiempo, señor cojo!" Arrogante y siempre sonriendo, sale Miguel de la cabina.

-Dos o tres momentos, (si hacen falta), de la navegación de la galeota.

-El pirata que descubrió a Angélica dice, en cubierta, a Dali Mami, señalando a Cervantes, que mira hacia el mar: -"Ese es el cristiano que interesa a tu soldado." El Arraez le contesta: -"Con la cabeza respondes de guardar el secreto." -"Manda y obedezco."

-Galeotes que reman...Cautivos cristianos que rezan...

-Un grito: -"¿Argel a la vista!" Cervantes, asomado en proa, a la borda del barco, repite: -"¿Argel! Gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo...Amparo y refugio de ladrones..."

- - - - -

-Una vista de Argel,- blanco triángulo de piedra,- desde el bajel turco.

El desembarco en el puerto. La galeota que ha atracado. Cautivos que van pasando a grandes barcozas entre juramentos y golpes del Arraez, del cómitre y de otros corsarios.

-Gran alegría en la muchedumbre diversa,- mercaderes, militares, marinos, vendedores, mendigos y harapientos,- de todas las razas y edades del pueblo de Argel. Salvas de honores, exclamaciones de júbilo...Chicos que bajan por empinadas callejas, gritando: -"¡Al Badistán! ¡Al Badistán!"

-Una plazuela dividida en compartimentos por estacas. Mesas, detrás de las cuales se atrincheran los mercaderes.

-Los recién llegados, que entran en la plazuela. Van emparejados o en filas de tres; con cadenas en las muñecas, y una argolla,- algunos,-en un tobillo. Angélica camina de los primeros; Miguel, hacia el centro; Rodrigo, al final. Miguel no hace más que mirar hacia el sitio donde va Angélica.

-Gran algarabía en el pueblo. Los chicos,- moritos de ocho a doce años, negros, sucios, astrosos,- rodean a los cautivos, haciendo cucamonas y gestos, plantándose delante de ellos, escupiéndoles, tirándoles de las cadenas y arrojándoles bolitas de barro. Y les cantan, con insistencia

insolente, la insultante muletilla:

"Don Juan no venir,  
Don Juan no venir,  
non rescatar, non fugir...  
Acá morir, perro, acá morir...  
¡Don Juan no venir!"

- Gesto de resignación en Miguel, cuya figura gallarda se hace más digna ante los insultos. -"¡Don Juan! ¡Don Juan!, mi señor!"
- Dali Mami, en un barracón de madera y esparto, entrega al representante del rey Hasán Bajá las listas de los capturados y de sus mercancías. Y dice: -"Los ocho cautivos que me corresponden me los llevo a casa. Vosotros os encargáis de los demás." (Sigue oyéndose, como fondo lejano, la canturía de los moritos desarrapados.) -"Pero, ¿las ropas?" -"Mandad un soldado con ellas y yo os devolveré los vestidos que traen."
- Ante los cautivos, formados, - y rodeados de chicos, - el representante de Hasán Bajá, otro dignatario y Dali Mami hacen el "apartado de los esclavos". -"Estos son los míos", dice el renegado. Y va sacando de las filas sus cautivos, hasta ocho. Entre ellos figuran el general, Miguel y Angélica. Con ellos se aleja de la plazoleta.
- Miguel, que no ha podido reprimir un gesto de satisfacción al ver a Angélica en su grupo, torna la mirada, buscando entre los que quedan a Rodrigo. Este, animoso y sonriente, le dice adiós con los ojos. Detrás del grupo de Miguel va un soldado turco, portador de ropas y mantas.
- Los cautivos que han permanecido en la plazoleta son rodeados de mercaderes, que se acercan a ellos, - sobre todo, a los jóvenes, - tomando nombres y apuntando en sus cuadernos.
- Divididos en hombres y mujeres, entran unos y otras en varios barracones, en donde les ordenan abandonar sus trajes.
- Salida de un grupo de cautivos hombres, ya con sus vestidos de esclavos: camisa burda, pantalones toscos bombachos, una especie de sobre-todo hasta las rodillas, babuchas y una gorra encarnada; y una manta al hombro. En este grupo figura Rodrigo. Nuevamente, rapaces, judíos y moros se acercan a ellos, palpando sus brazos y sus piernas y discutiendo entre sí.
- Algunos cautivos son ya apartados por los mercaderes; entre ellos, Rodrigo. Unos policías, - moros altos, con largos abrigos verdes y con blancos turbantes de fieltro, - se hacen cargo de los demás y con ellos desaparecen de la abigarrada plazoleta.
- En un espacioso sótano, de techo abovedado y negras paredes, con piso de piedra cubierto de paja, se halla Miguel, sentado sobre un saco. Viste el mismo indumento que acabamos de ver en los demás cautivos. Sigue teniendo encadenados los brazos; pero no las piernas. Pensativo y callado, parece que reza. A su lado duermen, echados en el suelo, otros cautivos. Por un ventanuco alto penetra un débil rayo de luz, que ilumina suavemente el semblante de Miguel.
- Suenan unos golpes en la puerta del sótano; se abre ésta y, por dos o tres peldaños, desciende un gigantón turco, al servicio de Dali Mami. Viene con una linterna, cuya luz contribuye a que ~~luz~~ los cautivos que dormían se incorporen y sienten en el suelo. El recién llegado grita: -"¡Arriba, holgazanes! La comida os espera." Y, acercándose a Miguel: -"Mi señor te pregunta si estás dispuesto a escribir esa carta." Cervantes se pone de pie: -"¡Dile a tu amo que yo no tengo carta que escribir!" -"Desgracias y torturas caerán sobre tí, si te resistes a la obediencia." -"Dile a tu amo que soy pobre y no puedo pedir a mis padres lo que ellos no me pueden dar."
- Los demás cautivos, - el general y dos más, - salen lentamente del calabozo y llegan a un patio, donde, en una artesa, humea un condumio. -"Hey, -dice el gigantón, - no os podréis quejar; habas cocidas y trabajo en el jardín."

Los cautivos comen silenciosamente, con cucharas de palo, en torno de la artesa.

-Miguel, en el sótano, es cargado de cadenas por el gigante turco. -"Dile el amo que ya lo pensarás mejor."

-Cervantes, solo, con ánimo fuerte, eleva los ojos al cielo y dice:  
"En Vos, Virgen Santísima María,  
de Dios y de los hombres medianera;  
en Vos, Virgen y madre, en vos confía  
mi alma que, sin Vos, en nadie espera..."

-En un rico aposento, de arquitectura y decoración árabes, se halla una mujer, vestida a la mora, mirando ansiosamente al través de los vidrios de colores de una estrecha ventana, flanqueada por esbeltas columnitas de mármol.

-La mujer se vuelve y, en su cara, reconocemos a Angélica. Es una cara que denota la inquietud y el sufrimiento. Pasea por la estancia, intenta abrir la puerta. Es inútil: está cerrada por fuera. Se arroja llorando en un diván.

-La puerta se abre. Aparece el mismo gigante turco. -"¿Deseáis alguna cosa, mi señora?" Ella responde: -"Deseo salir de aquí, escapar de aquí, ¡morir fuera de aquí!" -"Mi amor vendrá a consolar vuestra soledad". -"¡Dile a tu amo que no se acerque; que aún me quedan fuerzas para ahogarle entre mis manos!"

-El gigante sonríe. Ella entonces pregunta: -"¿Quiénes trabajan en el jardín?" -"Los nuevos cautivos: tus compañeros." -"¿Todos?" -"Todos". -"¡Todos, no! ¡Mientes!" -"¿Te interesa el que quedó en el sótano...cargado de cadenas?" Ella comprende que ha ido demasiado lejos. Y dice: -"No sé quién es ni me importa."

-En el patio interior de una casa mezquina. Rodrigo, - con su traje de eschavo, - está serrando madera. Un judío, - uno de los mercaderes del Badis-tán, - envuelto en un abrigo de seda y cubierto con un kópis, bajo el cual asoman unos rizos, se acerca a él y le dice humildemente: -"¿Vuesa merced quiere acompañarme? Tendrá que llevarme el cofre de las medicinas. El señor Onofre Exarque está enfermo."

-Paso del médico judío y de su esclavo, - con el cofre al hombro, - por las calles de Argel. Se detienen ante la puerta de una casa baja con terraza. La puerta se abre y entran los recién llegados.

-En el cuarto, ya conocido, de Angélica, se encuentra ante ella Dali Mami. -"¿Qué más quieres?", -le dice el renegado. -"Te he dado la mejor estancia de la casa; te he regalado con telas y perfumes..." Ella, despectiva: -"Me tienes cautiva en una jaula de oro; y has hecho de mí la mujer más desgraciada del universo." -"Te encierro, como el avaro que encierra el tesoro que más estima; pero yo quiero dar alivio a tus tristezas...No soy tan cruel como publican. Sabes que tengo en mi poder al hombre a quien adoras".

-"¿Eh?" Angélica se pone de pie, como movida por un resorte. Dali Mami continúa: -"Es inútil que sigas fingiendo. Dispongo de su vida: tengo derecho a que me obedezca a ciegas; pero es un hombre indomable...Y no tendré más remedio que matarle si no se corrige. Por eso quiero hablarte. Si tú me ayudas, todos quedaremos contentos." -"Yo? ¿qué he de hacer?" -"Escribir lo que yo te diga." Y, mostrándole una mesita donde hay plumas y unos pliegos, agraga: -"Verás qué sencillo."

-Angélica, como una automática, se sienta ante la mesa, dispuesta a escribir. Dali Mami dicta: -"Miguel..." Angélica levanta la cabeza y el renegado sonríe: -"¿No se llama así?" Angélica baja la cabeza y escribe. Dali Mami sigue dictando: -"Si quieres que nos salvemos, escribe la carta que nuestro amo te pide. Estoy bien. Angélica." Angélica ha escrito; y entrega ahora el pliego al Arraez. Dali Mami da su característica carcajada y desapa-

parece. Ella, al cerrarse la puerta, crispa sus manos y exclama: -"¡Bandido!"

-El calabozo de Miguel. Sentado en el saco de paja, bajo las cadenas, Cervantes reflexiona. Entra el gigante turco y le dice: -"Cristiano: la soledad es buena cuando hay que meditar." A lo que Miguel responde: -"La soledad es siempre despertadora de memorias tristes o alegres." Y, cambiando de tono: -"¿Qué nueva agudeza se le ocurre a tu amo?" El gigantón adopta cara de misterio: -"No me envía ahora el amo: me envía una mujer." Miguel intenta alzarse; pero el peso de las cadenas y una mano del turco le obligan a caer de nuevo en el saco. -"¿Dónde la has visto? ¿Cómo está?... El criado, por toda contestación, le entrega el papel de Angélica. Cervantes queda un momento pensativo. Frunce el entrecejo; sus ojos adquieren de repente un extraño fulgor, se dibuja en su rostro una sonrisa de decisión y de dominio y, con voz firme, exclama: -"Dí a tu amo que estoy dispuesto a escribir a España."

-El gigante ha hecho una reverencia y va a salir, cuando Miguel le detiene: -"¡Escucha! ¿Tú has visto a esa mujer?" El gigante niega con la cabeza. Miguel insiste: -"¿Tú sabes donde vive?" El turco afirma. -"¿Tú puedes llevarle una contestación mía?" El turco vuelve a negar. -"¿Y... si yo te hiciera rico?" El gigante duda; pero, de pronto, para no caer en la tentación, sale de estampía del calabozo. Cervantes queda ahora riendo de buena gana.

-En primer plano, una mano de hombre escribiendo, con pluma de ave, sobre un papel. Ya es largo lo escrito. Ahora sólo se ve el trazo de las últimas palabras: VUESTRO AMANTE HIJO, MIGUEL.

-"¡Bien, Don Miguel, esto me alegra!" La voz de Dali Mami suena en el propio sótano que es prisión de Cervantes. Este, con el brazo libre, desembarazado de cadenas, ha escrito sobre un cartapacio. Delante de él, el Arraz de pie, expresa su satisfacción. Y sigue hablando Dali Mami: -"Habéis sido sensato y tendréis vuestra recompensa." Da un grito hacia fuera: -"¡Mohamed!" Surge por la puertecilla el gigantón. -"Dame la cadena". El turco le entrega una cadena, fina y leve, forjada en forma de anillo. -"Esta os la pondrán al pie, Don Miguel. No es más que una alusión a una cadena. El resto queda suprimido." Y, mientras que Mohamed va descargando a Miguel de las gruesas cadenas que le han abrumado, y, en su lugar, coloca la cadenita en un tobillo, continúa diciendo Dali Mami: -"Ya habréis visto cómo lo podréis pasar aquí. Pero, ¿por qué dejar morir de hambre a un señor tan encumbrado como vos, con dos quintales de hierro sobre el cuerpo, si en la corte de España le esperan damas y honores?" A un gesto de protesta de Cervantes, añade: -"Sí, ya sé que no sois nadie; que nada conseguireis; pero, si vuestro padre no tiene los dos mil ducados disponibles, algún ilustre amigo los tendrá. Y no me digáis que os faltan amigos." La liberación del encadenado ha concluido. -"Ahora, - agrega, por último, el renegado, - vivid bien en Atgel. Tomad estos requies..." Y le entrega unas monedas. -"Tenéis libertad por mañana y tarde; pero, en la noche, habéis de dormir con vuestros compañeros."

-Cervantes ha salido del calabozo. Llega al patio. La luz del sol le hiere en los ojos. Cuando se acostumbra a la claridad, sigue andando. Va a salir al jardín; pero la verja está cerrada. Mira al través de sus barrotes y descubre a sus compañeros, entre otros cautivos, trabajando en la tierra. Por un camino avanza un carretón lleno de piedras. De él tiran un moro joven y el viejo general Carrillo de Quesada. Miguel se indigna. ¡Eso no se puede tolerar!", exclama. Forcejea para abrir la puerta de la verja; y, únicamente cuando se convence de la inutilidad del intento, sigue su camino.

-Al fin, Miguel se encuentra en la calle. Desde ella observa la casa de Dali Mami, como buscando a alguien. Pero la casa que, en su fachada al jardín, ofrece en ventanas y balconillos galana muestra de la arquitectura mudéjar, no tiene en la fachada de la calle más que el de la puerta. Es una pared inmensamente grande e inmensamente blanca.

*huaco*

- No es sólo este edificio. La mayoría de las casas, - ya lo va viendo Miguel en este su primer paseo al través de la ciudad, - son misteriosas y reservadas para los transeuntes. Guardan para sus habitaciones, sus patios y sus jardines interiores todo el lujo y el refinamiento de sus dueños, que esconden sus riquezas a los ojos de la población harapienta, posesionada de calles y plazuelas.
- Ahora va Miguel, - entre el hormigueo humano de mujerucas, judíos, chiquillos, etc, que se estacionan ante las casas, - bajando por tortuosas pendientes. Va deprisa, interrogando a unos y otros: -"Un mozo alto, esclavo también, que se llama Rodrigo..." Nadie le da noticias: ni los escribanos, turcos o judíos, que encuentra por las esquinas.
- Ha desembocado en una plazuela, al fondo de la cual se alza un gran edificio. Es un cuartel. Se oye música de trompetas, pifanos y clarines. A los sonos de una banda de estos instrumentos, sale, formada, una compañía de genízaros. El aspecto de estos soldados, que desfilan muy serios, es grotesco. Llevan faldas mujeriles y altos gorros de cocineros. Algunos, son tipos francamente cómicos.
- Pasan los genízaros ante Miguel, que ríe divertido. Su cara burlesca se ensombrece de improviso. Mira hacia el cuartel. Allí delante, unos soldados apalean la espalda de un muchacho, también genízaro, que da tremendos gritos. Sigue oyéndose la música, que va alejándose. Miguel, rápido, corre al grupo de los apaleadores, y les ordena, autoritario, que cesen en su castigo. Los soldados obedecen, de momento. Dice uno: -"Ha robado en la cocina, y es grave falta en un genízaro. Tiene que llevar cuarenta palos." -"¡Ha robado en esta ciudad de ladrones!", exclama Miguel sin poder contenerse. Y añade: -"Yo os devuelvo lo que ha robado y le perdonáis... ¿Es esto bastante?" Miguel tira a los pies del soldado los zequíes que le dió Dali Mami. El genízaro los recoge y los reparte con el compañero. -"Lo que mande Vuesa Merced", dice humildemente y deslumbrado. El muchacho, de rodillas, besa llorando las manos de su salvador. Por su espalda corre aún la sangre.
- El gigantón turco ante Angélica, en la habitación de ésta. -"No, mi señora; a eso no me atrevo. Mi amo me mataría si lo descubriese." Ella repone: -"¿Y llevarle este papel?...". -"Si tú lo ordenas..." Angélica entrega a Mohamed un papel doblado, que saca de su seno.
- En el calabozo, en una semi-oscuridad, Miguel, rodeado de sus compañeros de infortunio, les comunica: -"Decidí escribir, porque he tomado una resolución: escaparnos." En torno de Cervantes están sentados el general y otros dos cautivos, jóvenes. Y sigue Miguel: -"No se puede consentir que hombres como Vuestas Mercedes estén sujetos a esta ominosa servidumbre. No se puede tolerar que un varón de los merecimientos y de los años de vos, general, siga tirando de un carretón como una mala bestia. ¡Mil veces preferible es morir en el empeño de una liberación, que esta muerte lenta de la cautividad resignada!"
- Los rostros de los compañeros de Miguel se animan oyendo su palabra. -"Yo he comprendido que, accediendo a escribir a España, ese maldito renegado me tratará con más indulgencia ante la perspectiva de una pingüe indemnización por el rescate. Y le ofreceré escribir cartas y más cartas para mantenerle en la esperanza." -"Pero, ¿vuestros padres?...". -"Ya procuraré yo, por otros conductos, que sepan que estamos muy bien y que no necesitamos nada." -"¿Es que necesitáis!" -"Eso no es cuenta de ellos, sino de mi ingenio. Esta relativa libertad que ahora disfruto, me determina a consagrar a la ilusión de la fuga todas las horas de mi pensamiento. General Carrillo, capitán Meneses, alférez Castañeda: ¿cuanto con Vuestas Mercedes?" Efusivos apretones de manos cierran el breve diálogo.
- Los cautivos se han quedado dormidos. Provisto de su linterna, entra Mohamed, que despierta sigilosamente a Miguel y le entrega el papel de Angélica. Miguel lee, con ansiedad, lo siguiente: -"Si vas al jardín, no dejes de mirar a las ventanas. Angélica."
- En la primera hora de la mañana del día siguiente, durante el almuerzo de los cautivos, en el patio y ante la artesa de las habas, Cervantes solici-



- Cervantes otra vez en las calles de Argel. Lleva bajo el brazo una cartera. Pasa por delante de un edificio grande, delante del cual hay tropas y gente del pueblo. Pregunta...Inquieta...Una vieja mora le dice: -"Es el Baño Mayor. ¡Permítame el cielo que nunca te veas en él!"
- Sigue Miguel su camino. Ha llegado hasta la muralla de la ciudad. La muralla se interrumpe y queda unida al otro lienzo por un arco. Bajo este arco pasa Miguel. Es un lugar muy bello: con varios cipreses, a cuya sombra se amontonan unas piedras. Miguel se sienta en una de ellas y pone la cartera sobre las piernas. Por delante de él pasa, camino de la ciudad, gente de toda condición.
- Un esclavo se acerca a Cervantes: -"¿Tú eres escribano?" -"Eso intento." El esclavo insiste: -"Los demás escribanos de la ciudad no me entienden." -"Porque no conocen bien nuestro idioma." -"Y tú, ¿lo sabes escribir?" -"Si tú tienes cosas que decir, acaso sepa."
- Se ha quedado mirando a Miguel y al esclavo una morita bien trajeada, de cuya cara sólo se ven unos hermosísimos ojos negros. Cervantes, que advierte su presencia, interrumpe la escritura, ya comenzada, se pone de pie y pregunta a la morita: -"¿Tú deseas algo de este humilde cautivo?" -"¿Eres español?", pregunta ella. Y, ante un gesto de afirmación de él, agrega: -"¡Un gallardo español!" Miguel sonríe. Entonces, ella continúa: -"Termina con este buen hombre. Yo volveré antes de que se ponga el sol." La morita desaparece. Miguel sigue escribiendo al dictado del esclavo.
- Bajo el arco de la muralla salen chicos y mujeres, brincando y bailando. Vienen precediendo a la comitiva de Hasán Bajá, (Hasán Veneciano), rey de Argel; comitiva breve, pero lujosa, en la que figuran: Hasán Bajá, -tipo de hombre autoritario y cruel, - su favorita Zulima, varios dignatarios de la casa y capitanes corsarios, (entre ellos, el cojo Dali Mami, que apenas si puede seguir a los demás); sirvientes de ambos sexos y, al final, los genízaros formados, con su banda de música. Entre aquellos, el muchacho a quien Miguel salvó de los azotes.
- Miguel ha hecho un alto en su tarea. El esclavo le dice: -"Levántate y saluda como yo." Ambos hacen el saludo moro mientras que pasa la comitiva. En el rostro de Miguel se dibuja una irónica sonrisa. El joven genízaro, al pasar, reconoce a Cervantes y le hace expresivos y graciosos gestos de saludo.
- "¿Adonde van?", interroga Miguel. -"¿Lo ignoras? ¡Dichoso tú, cristiano! ¿Ves esa tapia, detrás de esa ermita? Oculta el lugar de las ejecuciones de cautivos. Para presenciárselas, vienen muchas veces, como hoy, Hasán Bajá y Zulima, su favorita. Goza mucho Hasán con los suplicios. Desde aquí se oyen los gritos de los desgraciados."
- "Terminemos, si te parece..." Vuelve Miguel a sentarse y a escribir. Luego, se ve la mano del esclavo dejando unas monedas a su escribano.
- Ahora, delante de Cervantes, ya no está el esclavo, sino la morita. -"Yo no sé escribir, mi señor, ni sé cómo hay que decir en ese papel; pero sé que tengo a mis padres allá muy lejos, en Fez, y quisiera que ellos supiesen que estoy buena y que soy muy feliz..." Al decir esto, asoman unas lágrimas en los ojos de la morita.
- "¿Eres feliz y lloras?", -pregunta, cariñoso, Miguel. -"¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives?" -"Me llamo Fátima, señor." La mora se sienta en otras piedras, cerca de Miguel. -"Soy esclava de Zulima, la favorita del rey. Mi señora me quiere mucho; pero, por lo mismo, me obliga a estar siempre junto a ella. Y yo me escapo de la Djenina..." -"¿De la Djenina?" -"...Del palacio de Hasán Bajá. Yo me escapo del palacio en los días que hay ejecuciones públicas. ¡Benditas sean estas ejecuciones, que me permiten gozar unas horas de libertad!"
- Miguel le interrumpe: -"¡Calla, Fátima! ¿Tú sabes lo que dices?" Y ella contesta: -"Sí; porque las ejecuciones públicas no las veo; y, en cambio, mi

señor, las ejecuciones en el mismo jardín de palacio son horribles... ¡Y yo tengo que presenciárselas al lado de mi ama! ¡Son horribles!" El cuerpo de la esclava tiembla al recuerdo de las trágicas visiones. Miguel, suavemente, toma una de sus manos. Entonces Fátima exclama amargamente:—"¡Yo no puedo seguir aquí! Yo quiero volver con mis padres."—"¿Y cómo sabes el español?"—"Porque mi padre es mudéjar de Granada. Ya está muy viejo, y sufrirá mucho creyendo a su hija muerta."—"¿No saben ellos noticias tuyas?"—"Desde aquel día,— ¡terrible entre los días!,— en que unos ladrones argelinos me robaron y me trajeron aquí." Y con nuevo sobresalto, como obedeciendo a una oculta convicción, añade:—"Pero yo aquí moriré... ¡Mi destino es morir aquí!"

- Cervantes la mira fijamente; y dice:—"Ese es el fatalismo de tu falsa religión; y te salvarás, si eres buena, porque hay un Dios,— ¡el Dios de los cristianos, Fátima!,— que sabe apiadarse de los desgraciados."
- Unos desgarradores gritos de dolor, un poco lejanos, que llegan hasta ellos interrumpen el diálogo del español y la morita.
- "¡Los desgraciados!",—comenta, angustiada, ella.— "Esos sí que son desgraciados. ¡Qué horror!" Y agrega Miguel:—"Mueren por su fé...Mueren por su Dios..." Cervantes, mientras que siguen, cada vez más apagados, los ayes de dolor, se ha puesto de rodillas y reza:—"Dios te salve, María; llena eres de gracia..."
- Rápida visión del campo endonde se hallan los personajes que presencian los suplicios. Se ve a Hasán Bajá, satisfecho; a Zulima, molesta, con la vista baja, y a Dalí Mami riendo con su carcajada peculiar, que corean otros de su laya.
- Los suplicios no se ven. Sólo, al presentarse, rápidamente, el cuadro de los que los presencian, se hacen más perceptibles,— como más próximos,— los lamentos de las víctimas.
- Miguel se levanta, después de haberse santiguado.—"¿Rezaba mi señor?", pregunta la morita.—"Por las almas de esos buenos hermanos. Rezaba a la Virgen María; a esa dulce Lela Marien, como decís vosotros, que, si tú quieres, también de tí se apiadará."
- "¿Tú crees?..." Miguel, de pie, interroga a Fátima:—"¿Volverás por aquí? Yo tendré escrita la carta para tus padres. Me la dictará la Virgen, nuestra Señora." Fátima besa las manos de Miguel.
- Las mismas manos son besadas por Alí Zaquí, el genízaro joven, agradecido a Cervantes.—"Me he escapado un momento, aprovechando que se fue la morita. Dígame, señor, endonde puedo verle; endonde vive."—"Soy cautivo de Dalí Mami. En su casa vivo."
- Alí Zaquí pone cara de espanto:—"¿Y le deja salir?" Gesto afirmativo de Miguel. El genízaro continúa:—"Yo, por mi señor, doy la vida."
- Cervantes le mira con fijeza:—"¿Eres valiente?"—"No, mi señor. Alí Zaquí es cobarde de los pies a la cabeza. Cuando tiene que hacer algo de peligro, le tiemblan las piernas, sin poderlo remediar. Pero está deseando que le tiemblen las piernas en provecho de su señor. Dígame si necesita algo y Alí Zaquí lo procurará. Alí Zaquí es un genízaro agradecido."
- "Pues, oye, genízaro. Necesito una lima. ¿Tú puedes encontrarla? Una lima pequeña, pero fuerte." El soldadito no oculta su sorpresa y su preocupación:—"¿Una lima? ¿De esas que hacen en el hierro...chas, chas?"—"¡De esas! Ya sabes donde vivo y adonde vengo. Si me la encuentras, no te pesará."—"El señor tendrá su lima... ¡aunque me cueste doscientos azotes!"
- Un toque de clarín. Han terminado las ejecuciones. El genízaro corre para agregarse a su tropa.
- Miguel,— sobre el fondo de la música de los genízaros,— regresa a su pri-

sión. Va, por una calle, pensativo. Sus ojos, de pronto, resplandecen. ¡Ha visto a alguien!

-Un enérgico abrazo de dos hombres. Cuando se separan, vemos a Miguel y a su hermano Rodrigo...

-Fachada principal del palacio del rey. Fátima, la morita, llega corriendo, cruza la plaza que se extiende ante el palacio, y entra por la puerta central.

-La música de los genizaros se va acercando. Los soldados de la guardia apartan a los chicos y las mujeres, que pugnan por alcanzar buen sitio para ver entrar la comitiva. Entra ésta en la Djenina, a los sonos de aquella música, que ahora se extingue.

-En una rica estancia del palacio, Fátima, sentada en unos cojines, aguarda a su señora. Llega Zulima. Con gesto de fatiga se desprende de velos y joyas, y exclama: -"¡No puedo más! ¡Hasán Bajá es insaciable!"

-Fátima se le acerca dulcemente. Zulima advierte su presencia. -"¿Estabas ahí? ¿Me has oído?" Fátima contesta: -"Como siempre, mi señora. Decíáas que nuestro señor Hasán Bajá es insaciable. ¡Gran razón habéis! Insaciable de cariño hacia su flor preferida; insaciable de regalos para su dueña y señora." Y la esclava señala un montón de tapices, telas y otros objetos de valor que hay sobre una mesa.

-Zulima comenta: -"Son del último botín en la mar. Las naves de Arnaut Mami son insaciables también." Y la favorita cae, nostálgica y fatigada, en un diván, a los pies del cual se acomoda Fátima.

-Miguel y Rodrigo, que han bajado juntos por una calle, se detienen ante una casa de pobre aspecto. -"Aquí vivo con mi doctor, -dice riendo Rodrigo.- Me está cebando como a un cerdo, porque me quiere vender a buen precio."

-Miguel ríe también: -"Pídele de beber y procura guardar varias botellas de vino." -"Como buen judío, no tiene más vino que uno que él mismo se fabrica. ¿Quieres una botella? Puedo dártela..." Rodrigo entra en la casa. Cervantes queda en la calle, contando unas monedas.

-Por la noche, en la celda de Miguel, conversa éste con sus compañeros de infortunio. -"La hora de la liberación se aproxima. ¿Podemos contar con Selim?" El general Carrillo responde: -"Parece muy conocedor del terreno y muy decidido. Hay momentos, sin embargo, en que tiene miedo..." -"Para quitárselo, le traigo buen vino." Y Miguel saca de un montón de paja, una botella, que enseña. -"Tendremos más para el viaje. Prometedle vino, prometedle dinero..." -"Por nuestra suerte, amigo, tenemos un gran aliado: la tanda de azotes que hoy le han dado al infeliz por no tener limpio el corral." Nuevamente las facciones de Miguel se contraen: -"¿Y se puede sentir esto?"

-En el calabozo duermen los cautivos. La puertecita se abre. En su hueco aparece la luz de una linterna. Detrás de la luz, se contornea la silueta de Angélica, que avanza de puntillas. Va enfocando discretamente, y mirando, los rostros de los dormidos. Llega a Miguel. Tiene el impulso de despertarle con un beso; pero se contiene y se contenta con poner sus labios en la tela de una de sus mangas. Después le toca suavemente en un hombro... y Miguel abre los ojos: -"¿Qué sueño maravilloso es éste?" Angélica le impone silencio: -"No sueñas, no. He conseguido la complicidad de Mohamed..." -"¿A qué precio?" - pregunta aterrado Cervantes. -"Al precio que puede aceptar una mujer honesta. Se ha compadecido de nosotros; pero tiene miedo al amo, y he de volverme en seguida. Toma." Le entrega la llavecita de su cuarto, ya conocida: -"Prométeme que sólo la utilizarás para liberarme el día de la fuga. Dali Mami se hace a la mar otra vez dentro de dos días. Salen doce bajeles en corso. Estará ausente lo que tarde en encontrar un nuevo botín humano." Se ilumina cara de Cervantes. -"Cuando vuelva, no estaremos en Argel." -"¿Dónde estaremos, Miguel?" -"¡En la gloria!"

-Los dos enamorados salen del calabozo y llegan hasta la primera galería, bañada de luz de luna. Quedan mirándose fijamente. Sus bocas se encuentran...

Una tos discreta obliga a separarse a los enamorados. Cruza por el fondo una sombra. Miguel dice: -"¡No te asusta la perspectiva de una marcha de rios días por terrenos desconocidos?" -"¡Contigo, nunca!" -"¡No te aterra la posibilidad de que nos descubran?" -"¡Contigo, jamás!" -"¡Vienes, por fin, pase lo que pase?" -"¡Contigo, siempre!" Miguel besa las manos de Angélica, cuya figura se pierde en seguida entre las tinieblas de la noche.

-Cervantes va a entrar en su celda. Le detiene Mohamed. -"Eres noble, cristiano." -"Soy agradecido." Y Miguel pone en las manos del gigante todas las monedas que ha ganado con su oficio de escribano.

-Sigue la noche. En las grandes cocinas del cuartel de genízaros, -que surten y alimentan el palacio del rey y sus cuarteles, - hay una difusa claridad. En un extremo, el cabo de guardia duerme sentado ante una mesa, sobre la que apoya brazos y cabeza. Cautelosamente, avanza Alí Zaquí. Es poseedor de un pánico mayúsculo; pero va impulsado por la decisión de encontrar algo que busca. Abre un cajón con mucho cuidado. Se chupa un dedo y lo mete en el cajón. Saca la punta del dedo blanca. Chupa otra vez y pone un terrible gesto de desagrado. Abre otro cajón; repite la operación, y ahora de muestra con su gesto complacido que ha encontrado lo que quería. Tanto lo ha encontrado, que se relame de gusto. Saca una bolsita y un cartón, que le sirve de cuchara; y llena la bolsa con el producto blanco que ha encontrado. Oculta la bolsa bajo sus ropas y emprende el regreso; pero trepiza con una pila de cacerolas y cae al suelo con gran estrépito. Al ruido de las cacerolas, huye, disparada, una enorme rata, allí oculta. El cabo guardián, que ha despertado con vivo sobresalto, ve pasar a la rata y sale corriendo tras ella; lo cual aprovecha Alí Zaquí para salir, apuradamente, de la cocina y ponerse en salvo, subiendo como con alas, por las escaleras más próximas.

-En el lugar de las afueras de la ciudad endonde fué escribano Miguel, espera, sentada sobre las piedras, Fátima, la morita. Más allá, en otro montón de piedras, está, también sentado, el bueno de Alí Zaquí. Parece que los dos esperan. Ella está inquieta: lo demuestran sus miradas y sus suspiros. El está nervioso: lo evidencian sus piernas, que se bambolean. Al fin, él se decide a preguntar a Fátima: -"¿Esperas a aquel señor?..." -"Le aguardé ayer y le aguardaré mañana. No me ha podido olvidar..." -"Yo también le aguardo. Pero, si tarda, me voy. ¿Quieres un poco de azúcar?" -"Bueno." Alí Zaquí saca un cucurucho pequeño, de donde vierte, en la palma de la mano, un poco de azúcar blanca. -"¿Te gusta?" -"Mucho." Ambos prueban, golosos, y se relamen.

-Entre ellos, aparece Miguel, risueño y paternal. -"¡Dulces coloquios!" Los dos jovencillos se retiran, ruborosos. -"No os vayáis ninguno. ¡No sois mis amigos? Pues cultivemos juntos el hermosos huerto de nuestra amistad." Volviéndose a Fátima, añade: -"Toma tu carta." -"¿Qué os debo, señor?" -"La alegría que quiero ver en tus ojos." Ella ríe, gozosa. Entonces, Alí Zaquí se acerca a Miguel y le dice: -"¿Sirve esta lima?" Le entrega, efectivamente, una magnífica lima de hierro. -"¡Bravo!", dice, espontáneo, Miguel. Pero, en seguida, acometido por un temo agraga: -"¿La has robado?" -"No, señor. Me la ha dado el viejo Mustafá, el herrero, a cambio de una bolsa de azúcar." -"Y... ¿esa azúcar?..." Alí Zaquí vacila; pero, al fin, ríe y, con expresión picaresca, exclama: -"Es muy buena; muy dulce. Pruébele el señor y verá lo dulce que es." Saca otra vez el cucurucho. Y Cervantes, que no quiere indagar más, le da un cariñoso cachete y le dice: -"Dios te perdone el pecado en gracia a tu buena intención."

-Alí Zaquí, corriendo, se aleja del grupo que forman Fátima y Miguel. -"Escucha, Fátima, - dice éste. - Voy a pedirte un favor. Si vuelves a pasear por aquí y nunca más me encuentras, ¿le pedirás por mí a Lela Marien?" Ella se le queda mirando extasiada: -"¿Lela Marien! ¿La señora buena entre las buenas?" -"La Madre de Jesús. ¿Tú quieres saber quién fué Lela Marien? Había

una vez en Belén..."

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



- En la habitación de Angélica está sentado Dali Mami en el diván. Ella se mantiene de pie, con severo gesto. -"¡Eres un miserable! Porque caí en cautiverio, me crees indefensa. ¿Qué concepto tienes de las mujeres cristianas?" El renegado alega: -"Me prometiste tu cariño." -"¡A cambio de mi libertad. ¿Es la libertad esta prisión en que me asfixias? No seré tuya. ¡No seré nunca tuya, Dali Mami! ¡Antes la muerte! ¿Lo entiendes bien?"
- Dali Mami se levanta: -"Cuando vuelva de este nuevo servicio..." Ella le interrumpe: -"¡De este nuevo pillaje." El continúa: -"Cuando vuelva y te traiga ricos regalos..." -"¡Te los tiraré a la cara, Dali Mami!" Entonces él agrega con intención: -"Y si para entonces pongo en libertad a tu adorado?" Angélica se sobrepone a su emoción: -"¿Cómo?" Y él, pícaro: -"Ha escrito nuevas cartas a España. Mira." Enseña, en efecto, varios sobres. -"Si él logra un buen rescate y tú eres...generosa conmigo, te dejaré marchar con él. ¿Quieres? No dirás que no soy generoso también." Ella, por toda respuesta: -"¡Cobarde!" La carcajada, ya conocida, de Dali Mami pone fin a la violenta escena.
- Volviendo a ver a Miguel y la morita. Cervantes está acabando la narración: -"Y, desde aquel día en que Jesús, con su sacrificio, redimió el mundo, la Virgen María, madre de Dios, fué madre también de todos los hombres." -"Y si yo le rezo, siendo mora, ¿me escuchará también la Virgen?" -"Si le rezas con fé, te escuchará." -"Le rezaré para que no os ocurran desgracias, mi señor."
- Al día siguiente, en el jardín, los cautivos trabajan con ardor. Llevan y traen sacos de arena o de cal, cavan la tierra, cuidan los árboles...Entre los cautivos está Miguel, que aprovecha una oportunidad para cambiar dos palabras con el moro Selim. -"Me ha dicho el general que estás decidido." -"A todo?" -"Tendrás dinero y buen vino." -"No necesito nada." -"En la noche del miércoles..." -"Enterado." -"Todo lo tengo ya previsto."
- El capitán Meneses, - uno de los cautivos, - llega al grupo, ~~presuroso~~ presuroso: -"¡Los bajeles de Argel ya se hacen a la mar!" Desde un alto del jardín, los cautivos ven, allá lejos, las galeotas turcas que navegan adentrándose en el Mediterráneo.
- El calabozo otra vez. En los rostros resplandece la esperanza. Con la llamada de Miguel van saltándose las cadenas de los prisioneros. -"¡La última noche, amigos! Mañana, con la aurora, Dios nos amparará."
- Al llegar su turno, el capitán Meneses entrega al teniente Castañeda la lima, diciendo: -"Ahora, tú." El teniente se dispone a limar sus hierros; pero Cervantes ~~detiene~~ detiene su acción: -"No, mi teniente: vos, no." -"Pues, ¿no soy cautivo como Vuestas Mercedes y no ansío mi libertad?" -"Sí, mi teniente; pero yo sé, y Vuesa Merced no ignora, que han llegado a Argel los dueños de su rescate, y que, dentro de unos días, sin correr riesgo alguno, puede hallarse camino de España." -"Yo he comprometido mi palabra con mis compañeros de infortunio y quiero tener la satisfacción de compartir sus ~~perpeligros~~ peligros."
- "El general Carrillo de Quesada toma entonces la palabra: -"El deseo vuestro os enaltece; pero el señor Cervantes tiene razón. Y nosotros no seríamos caballeros ni cristianos si permitiésemos que se jugara la vida un rescate por un exceso de compañerismo. Yo os ordeno, Castañeda, que os quedéis." Y el general abraza al pundonoroso teniente.
- La fuga. Por la galería que conduce al jardín se deslizan unas sombras. La verja que impide el paso gira sobre sus goznes, suavemente empujada por Miguel. Este dice, en voz baja: -"Esperad junto a la tapia." Las sombras desaparecen.
- Miguel se adentra en el edificio, sube por unas escalerillas, llega a un corredor, cuenta las puertas que va palpando: -"Una, dos, tres, cuatro... Esta es." Con la llavecita que lleva, abre.

- Angélica le espera, envolviendo sus vestiduras de mujer en amplia capa.  
-"¡Vamos?" -"¡Vamos!" Toma Angélica del dává un saco, no voluminoso.  
-"¿Qué es esto?" -"Algunas provisiones." -"Es lo único que había yo olvidado." Se abrazan. Y, cautelosamente, salen, llevando Miguel el bulto bajo el brazo.
- Al pie de la tapia del jardín, aguardan en silencio el general, el capitán Meheses, el moro Selim y dos sombras más. Se unen a ellos Miguel y Angélica.
- Miguel conduce a todos hasta una puertecita, que se abre también bajo la suave presión del cautivo: -"¡Maravilloso poder de una lima de acero!", comenta Cervantes para sí, visiblemente satisfecho. Los cautivos pasan a una calleja que desemboca en otra, muy pendiente, por la que suben con dificultad.
- En las afueras, ya conocidas, de Argel, sentado en las piedras, Rodrigo Cervantes mira en una gran cesta con asa, que tiene junto a sí, y comprueba la existencia de varias botellas de vino, de una de las cuales bebe de cuando en cuando. En otro montón de piedras, también sentados, tres hombres más esperan. Uno de ellos, de larga barba blanca, le dice a Rodrigo: -"¿No os parece que tardan?" A lo que agrega ~~un~~ otro: -"Si no viniesen..."
- Rodrigo responde: -"El que tenga temor, puede arrepentirse. ¡Aún está a tiempo de volver!" Y saca un papelito, que enseña: -"La cita es bien clara." -"Pero, ¿vuestro hermano?..." Rodrigo, mirando hacia el arco, exclama: -"¡Mi hermano, ¡hombres de poca fé!, ya viene por allí."
- En efecto, ya se han reunido los diez hombres que huyen y la mujer que les acompaña. -"¡Hay puesto, - pregunta Miguel, - para una mujer cristiana, que también quiere liberarse?" -"Será, - contesta Rodrigo, - la musa que nos ilumine. Al fijarse en Angélica, Rodrigo se detiene: -"Pero, callen: ¡yo conozco esa cara!" -"Si la conoces o no, hermano, ya habrá tiempo, durante el camino, de explicártelo; ahora, no perdamos minutos. Debemos alejarnos cuanto antes de esta ciudad de horrores. Os presento a Selim, nuestro guía. ¿Qué dice nuestro guía?"
- Selim, - con ojos un poco adormilados todavía, - advierte: -"Digo que el corazón es animoso y el espíritu aventurero; pero que si el estómago no se cae y el pensamiento no se embota, Selim no tendrá valor para echar sobre sus espaldas la responsabilidad de esta empresa."
- "¡Bebe, Selim! ¡Cuanto quieras!", contesta, obsequioso, Rodrigo, tomando una botella. -"¡Come, Selim! ¡Cuanto se te antoje!", añade Miguel, abriendo el saco de las provisiones. Selim se dispone, avariento, a comer y beber entre el grupo de los jubilados evadidos.
- Los cautivos en marcha. Van deprisa. Angélica, entre ellos, no es de los caminantes más remisos. Selim dice: -"Hay que engañar a los que nos persigan. Vayamos, primero, hacia el sur."
- Senderos escarpados entre rocas y matorrales. La caravana avanza...Ha salido el sol.
- En el calabozo de casa de Dalí Mami. Mohamed entra a despertar a los cautivos y encuentra solamente al teniente Castañeda, que se finge dormido... Comprueba el turco que los demás no se encuentran allí y zarandea de malos modales al prisionero: -"¡Perro cristiano! ¿Tú sabes donde están?" Castañeda se encoge de hombros. Mohamed sale corriendo.
- Se ve pasar al gigantón por las galerías y subir al cuarto que ocupaba Angélica. Cuando comprueba que también ésta se ha escapado, cae desesperado sobre el diván.
- Los cautivos avanzan, bajo el sol abrasador. Conservan el paso ligero; pero se advierten en sus rostros los efectos del calor. -"Cuánto tardaremos

- en llegar a Orán?", pregunta Rodrigo al guía. -"A este paso, y dando estos rodeos, una semana y media."
- Mohamed se ha sentado en el diván y permanece pensativo, con los ojos extraviados. De pronto, parece que toma una resolución y baja de nuevo al calabozo. Castañeda le recibe con enigmática sonrisa. -"¡Tú sabes adonde se fueron y qué complicados tienen!" Castañeda niega: -"Yo únicamente sé que estoy rescatado." Mohamed se vuelve a él, fieramente: -"¡Hasta que el amo venga, no te muevas de aquí! ¡Pagarás por todos!" A Castañeda no le abandona su sonrisa.
- Está anocheciendo. El grupo de evadidos, sentado en una peñas, come y bebe de las provisiones que lleva. -"Es preciso dormir: recuperar fuerzas", dice Miguel.
- Los fugados, durmiendo en pleno campo; Angélica, tapada con su capa. Rodrigo, junto a Miguel, le dice, guiñándole un ojo: -"Me gusta tu italiana. -"¿Te gusta? Pues a mí, me inquieta. Ha de volver a Italia lo antes posible. Cuento contigo." -"¿Conmigo?"... A Rodrigo se le abren los asombrados ojos desmesuradamente.
- En la cámara, ya conocida, de Zulima, favorita de Hasán Bajá. Está sola Fátima, que, sentada en un cojín, mira ensimismada la medalla que Miguel le regaló. Alejada de ella, en el mirador, se encuentra Zulima de pie. Contempla el panorama que se extiende ante su vista, bajo un cielo cargado de luces amenazadoras. -"Mal tiempo para los navegantes." Al volverse, se fija en la actitud recogida de Fátima. Y le pregunta: -"¿qué miras?" La muchacha procura entonces ocultar la medalla; pero, Zulima, autoritaria, le ordena: -"¡Dime qué es!" Fátima rompe en sollozos: -"Perdón, señora: falté a tu obediencia y salí una tarde. Encontré a un caballero cristiano y me entregó esta medalla." -"¡Dámela!" -"Caerán sobre tí las maldiciones de Dios si no la guardas con fé. Es Lela Marien, la madre de los cristianos. Me la dió el caballero para que rezara por él". -"¿Per qué hablaste con el caballero?" -"Porque sus miradas decían que era bueno y su figura publicaba su gallardía." -"¿No le has vuelto a ver?" -"¡No le veré más!" Zulima va a guardarse la medalla. Vacila; y, al fin, decide devolvérsela a Fátima. Y le aconseja: -"que no te la vea nadie. Te condenaría el rey a ser quemada viva." Fátima, al recoger la medalla, la besa.
- Varios momentos de la marcha de los evadidos. Pasan ante unas cuevas de barro, a cuyas puertas hay algunos chiquillos de panza inflada y ojos pícoros. Se cruza con ellos un hombre armado, aunque harapiento, que va a caballo. Al llegar a un recodo del camino, vislumbran, allá en el fondo de una hondonada, un pequeño rebaño de ovejas, guardado por mujeres. Miguel se detiene; y, con él, sus compañeros. -"Esas ovejas, - dice, - son nuestra salvación." Y, volviéndose a Rodrigo: -"Es preciso que nos vendan una."
- Los distintos cautivos vacían sus bolsillos, entregando monedas a Rodrigo. Algunos sacan bolsitas con sus ahorros, de las que extraen dinero. Rodrigo corre hacia la hondonada.
- Sigue su marcha la caravana. Rodrigo lleva sobre sus hombros un cordero vivo, que va balando.
- Comienzan a verse cedros; grandes cedros que, a cierta altura, extienden sus ramas horizontales. Miguel pregunta a Selim: -"¿Por donde andamos?" A lo que el guía responde, no sin misterio: -"Cerca de la gran Meddada." -"Descansemos y comamos." -"Tú lo mandas." Los evadidos, fatigados, se detienen.
- Sobre un improvisado asador, hecho con ramas de cedro, el cordero, muerto y despellejado, es sometido a las llamas de una hoguera, en torno a la cual se han sentado, - o echado, - los caminantes.
- Brevisima visión de la comida de estos. El alimento y el descanso animan a todos. -"Será mucho pedir, - pregunta el general, - que nuestra adorable compañera nos regale con alguna canción de su país?" Angélica mira a Miguel

y éste aprueba y dice: -"Alguna recordarás..." -"Yo apenas he cantado en mi vida." Pero el general insiste: -"No hay napolitana que no sepa cantar." -"No soy napolitana." -"pero mereces serlo." Angélica ríe Ralagada. Los demás aplauden.

-Canción napolitana de Angélica, coreada por los demás, a la luz de las llamas de la hoguera.

-Bajo los oedros, y alumbrados aún sus rostros por los restos del fuego, los evadidos duermen.

-Pero no duermen todos. Selim, el guía, cuando juzga que nadie puede sorprenderle, se levanta con cautela, medita un instante y, al fin, se decide a registrar, uno por uno, a los dormidos. De dos de ellos, - uno, el de la barba blanca, que perteneció al grupo llevado por Rodrigo, - extrae las bolsas con dinero que ambos sacaron antes para contribuir a la compra del cordero.

-Cara de avaricia de Selim, que cuenta las monedas de oro que acaba de robar. Con la misma cautela, Selim recoge ropas y vituallas y, entre las sombras, - que reinan ya en el improvisado campamento, - desaparece.

-Se ve a Selim, solo, corriendo y mirando, de cuando en cuando, hacia detrás.

-El despertar de los cautivos, con los cuerpos aún entumecidos por el fresco de la noche. Miguel se pone de pie el primero y va animando a todos con alegres voces: -"¡Arriba, holgazanes! Pero, ¿es que tienen Vuestas Mercedes los cuerpos de plomo? Hoy nos espera una gran jornada. ¡Ea! Animo, valientes; que vamos a caminar sin fatiga, respetados por el sol. ¿No es cierto, Selim?"

-Pero Selim no contesta. Cervantes repite la pregunta: -"¿No es cierto, Selim?...". Un nuevo silencio acoge sus palabras. -"¡Selim! ¿Dónde está?"

-Todos los evadidos miran a un lado y otro, sin que sus miradas hallen al guía. Miguel agrega: -"Estará explorando el terreno."

-Rodrigo, haciendo tornavez con sus manos, grita: -"¡Selim!..." Nadie responde. Los evadidos se miran con inquietud. El cautivo de la barba blanca palpa sus ropas, no encuentra lo que busca y dice, angustiadamente: -"¡Me han robado!"

-Rodrigo se aleja un poco del grupo y vuelve a gritar: -"¡Selim!"

-Miguel acude al viejo cautivo: -"¿Qué os robaron?" -"La bolsa de mi dinero, ¡con todos los ahorros!" Miguel entre dientes: -"¡Ha sido ese canalla!"

-Angélica exclama: -"Ese hombre nos ha abandonado. Tenía toda la cara de un traidor." Varios de los reunidos subrayan: -"¡Un traidor!" -"¡Un cobarde!" -"¡Maldito sea!"

-Rodrigo vuelve al grupo, abrumado. -"¿Lo véis, mi señor Don Rodrigo?", -dice otro de su primitivo grupo. -"¿No os dije yo que no me fiaba de estas fugas poco meditadas?" -"¡Alto allá!, - responde Rodrigo; - que meditada fué y bien meditada, por quien todo lo supo prever y né ha cometido más pecado que confiar en la buena fé y en la palabra de los hombres." Pero el cautivo no se convence. -"Vos confiásteis ciegamente en vuestro hermano... ¡y he aquí la terrible situación en que nos vemos!" Otro cautivo: -"¿Y qué hacemos?" Otro: -"¿Qué va a ser de nosotros?" Otro: -"¡Dios y la Virgen Santísima nos amparen!"

-Miguel, que ha permanecido en silencio, vivamente contrariado, oyendo las lamentaciones de sus compañeros, reacciona ante esta última invocación. Y exclama: -"Razón tenéis, amigos: Dios nos ampare... si nosotros no somos espíritus apocados, indignos de todo favor divino. Es cierto que todos habéis confiado en mí y que todos habéis puesto en peligro vuestras vidas, arras-

- trados por mis promesas de liberación. Y no es menos cierto que ese... pobre hombre me ha traicionado. Soy yo, pues, el único responsable ante Vuestras Mercedes y el que está obligado a salvaros. Yo no conozco estos caminos pero creo que poseo un fino instinto de orientación; y si preguntamos aquí y allá y no perdemos nuestra confianza, podremos llegar a tierra de cristianos."
- Rostros de unos y otros, convencidos. El general y Meneses se acercan a Miguel y le dan la mano. -"¿Vosotros?...", pregunta Cervantes a Angélica y Rodrigo. Este contesta: -"¡Nosotros, hasta la muerte!"
- El cautivo de la barba no se convence del todo. -"Pero, ¿y mi dinero, señor? ¡Tantos meses de ahorros! ¡Qué será de mí!" -"Pues... ¿y de mí, que también fui robado?" clama el otro cautivo a quien Selim arrebató la bolsa.
- La eterna confianza de Miguel encuentra contestación. -"En Orán seréis recompensados todos. ¡Seguimos, entonces?" Todos los cautivos, cada uno con su entonación y su gesto: -"Seguimos." A lo que Miguel pone, a guisa de remate: -"En marcha... ¡y no se hable más!"
- Los cautivos caminando, silenciosos, por un áspero pedregal, bajo un cielo entoldado.
- Este cielo, cargado de nubes, cada vez más torvas.
- Llueve. Bajo la lluvia, el mar. En el mar, los bajeles turcos de Dali Nami.
- Los cautivos siguen caminando, en silencio. Ahora, bajo la lluvia.
- La lluvia se ha convertido en temporal. Un terrible viento zarandea las naves de los piratas argelinos. Pueden verse algunos detalles de la lucha de las tripulaciones contra el viento y la lluvia.
- Los cautivos caminan penosamente, combatidos por los elementos. Entre Rodrigo y Miguel llevan al general, que no podía seguir caminando.
- El temporal es terrible: en el mar, gigantescas olas que levantan naves; en la tierra, árboles azotados duramente por el viento; en el cielo, nubes desgarradas, rayos y truenos.
- En una mísera cueva, abierta en unas ~~rocas~~ rocas, los cautivos han buscado refugio. Tiemblan de frío, bajo sus ropas mojadas. Miguel les anima: -"¡Vamos! ¡Vamos! Que no se diga que el sufrimiento nos acobarda. Poco nos queda ya."
- Pero el cautivo de la barba blanca repone: -"Cerca de ocho días y Vuesa Merced no sabe por donde se anda. Yo me vuelvo a Argel." -"¿A Argel? ¿A la prisión? ¿A la ignominia?" -"Antes es la vida, señor mío. Y mi amo, al verme llegar arrepentido, me perdonará." Esta decisión encuentra acogida favorable en la mayoría de los evadidos: -"¡Y a mí!" -"¡Y a mí!"
- Solamente los hermanos Cervantes, Angélica, el general y Meneses permanecan mudos. El de la barba blanca sigue: -"Yo me vuelvo a Argel con quien quiera acompañarme. Si Vuesa Merced, por ser el que nos arrastró, quiere rehuir la responsabilidad, siga en buen hora hacia Orán o hacia donde le lleve su fantasía; que yo me resigno a esperar tranquilamente mi rescate y a soportar, por lo pronto, el castigo que me corresponde por haberle seguido."
- "¡No sufrirá nadie castigo!", responde Miguel, con energía. -"Que yo sabré dejar a cada uno en su puesto. ¡Volvamos a Argel!" -"¡No!", exclama Angélica, horrorizada. -"¿Temes a ese hombre?" -"Le temo por tí. Se vengará en tí. ¡Te odia!" -"¿Se vengará porque le devuelvo... su tesoro?" -"Eso, no." -"Razón tienes: ¡eso, no! Tú no volverás a caer en sus manos. Te esconderé en la ciudad y luego me presentaré a Mahamed para esperar la vuelta del cojo." -"¡Qué horror! Te despedazará." Miguel sonríe: -"No te preocupes: ¡le dominaré!" Angélica, excéptica: -"¿Qué insensato!"
- Sigue la lluvia. Se la ve caer al través de unas vidrieras. Tras ellas, mi-

ra, afanosamente, al mar, el gigante Mohamed. De pronto, su cara se transfigura: -"¡Vuelven! ¡Vuelven las naves!" Sale corriendo de la estancia.

-Rápida visión del teniente Castañeda, cargado de cadenas en su calabozo.

-Las naves turcas han vuelto a Argel, de arribada forzosa. Desembarcan los marineros. Desembarca Dali Mami...

-En casa de Dali Mami, Mohamed confiesa a su amo la fuga de los cautivos.  
-"Se fueron, señor, mientras que yo dormía."

-Un latigazo de su rebenque es la primera contestación del renegado. -"Cuando escaparon?" -"Al día siguiente de tu partida, señor." -"Recibirás doscientos palos por cada cautivo que perdí."

-Primer plano de la cara de Dali Mami, rojo de rabia y de furor.

-Esa misma cara, reflejando una impresión de sorpresa y rompiendo, luego, en su típica carcajada.

-Pero ante el cojo no está ahora Mohamed. Están, destrozados, sucios y extenuados, los cautivos de Dali Mami que con Cervantes se fugaron. Al frente de ellos, Miguel. Únicamente falta Angélica.

-La escena es en el jardín de la casa de Dali Mami. Miguel, gallardamente, afronta la situación: -"Nos hemos escapado de aquí, porque, desde que caímos bajo tu cautiverio, sólo alienta en nosotros el ansia por la libertad. Nos hemos escapado porque unos hombres dignos no pueden soportar esta vida de ignominia."

-El renegado ríe y le interrumpe: -"Es que te has jugado la vida y la has perdido." Ahora el que ríe es Miguel: -"No me matarás, porque perderías el dinero de mi rescate y no te conviene." -"¡Y, si te muelo a palos?" -"Me moriría."

-¡"Mohamed!", grita el cojo. -"¡Todos, al calabozo, cargados de cadenas!" Comienzan a desfilar hacia el sótano los recién llegados. Dali Mami les dice: -"Porque habéis vuelto arrepentidos no os empalo."

-Cuando va a marchar, - el último, - Miguel, le coge por un brazo Dali Mami. -"¿Y esa mujer?" -"Esa mujer no volverá por aquí." -"¿Qué has hecho?" -"La he escondido en Argel. ¡Búscala, si te atreves!" Dali Mami levanta su rebenque contra Cervantes. Este, impertérrito, se le queda mirando y le dice: -"Mal tiempo hace en la mar para los enemigos de Cristo." El renegado baja el látigo lentamente, esquiva la mirada fija de Miguel y termina por murmurar: -"Anda a tu sótano, cristiano."

-En el calabozo, los cautivos, encadenados. En un rincón, bajo una carga de hierro, Miguel, sujeto por una cadena a una argolla de la pared.

-Entra Castañeda, libre y vestido de caballero. -"¿En marcha ya?", pregunta Cervantes. -"¡En marcha! Llevo vuestras cartas. Haré en España todas vuestras comisiones." Miguel pregunta: -"¿Habéis visto a Rodrigo?" -"Está en el Baño Grande, Miguel." -"¡Qué horror! Por culpa mía." -"No; por culpa de su amo, que lo sustituyó y lo ha enviado al almacén. Pero está bueno y animoso. ¿Queréis para él algún recaudo?" -"Decidle que no pase temor por mí. Y dad, si podéis, estas otras líneas al joven genízaro de que os hablé." Un abrazo de Castañeda a Cervantes termina la escena.

-Una medalla de la Virgen, sostenida por dedos finos. Los dedos son de Alí Zaquí. El joven genízaro está sentado en el montón de piedras, ya conocido, junto a la morita Fátima. Alí Zaquí da un beso a la medalla y se la devuelve a la morita. -"¿Y dices que tus padres han sabido de tí?" -"Por la carta del señor Miguel. Pero, más que por la carta, ha sido, por Lela Marien. Ya me lo dijo el buen caballero..." -"Milagroso, Fátima, milagroso. Si el Dios de los cristianos quisiese hacer otro milagro..." -"¿Cual?" -"Hacer que yo no fuese cobarde." -"¿Qué harías?" -Ir a casa de Dali Mami. El ca-

ballero se escapó; pero tuvo que volver y sé que ahora está encadenado. Fátima se tapa el rostro con las manos, asustada; pero reacciona en seguida y dice: -"¡Encadenado? ¡Le salvará Lela Marien! Porque yo le rezaré por él!"

-Miguel, solo, encadenado, escribe en un cuadernito. Lee luego lo escrito y recita:

- "Por tí, Virgen hermosa, esparce ufano,  
contra el rigor con que amenaza el cielo,  
entre los surcos del labrado suelo  
el pobre labrador el rico grano...."  
.....  
.....  
Por tí, infinitas veces, ya perdidas  
la fuerza del que busca y del que ruega,  
se cobra y se promete la victoria.  
Por tí, báculo fuerte de la vida,  
tal vez se aspire a lo imposible y llega  
el deseo a las puertas de la gloria."

-Mientras que suena la voz de Cervantes, se ve a Alí Zaquí y Fátima regresar juntos a Argel; luego, despedirse y, por último, dar Fátima un nuevo beso a la medalla, cuya imagen se vuelve a ver, en grande, rápidamente, antes de que Miguel haya terminado su recitación.

-Al concluir la poesía, Cervantes mira hacia la puertecilla del foro del calabozo; y en ella está Dali Mami, que avanza y exclama: -"Veo que sois poeta." -"Ya te dije que era pobre." -"En Argel hay moros ricos que tienen en alta estima a los poetas." -"No serán arraces de mar, aventureros ni bandidos."

-Dali Mami endurece su gesto: -"¡Merecías cien muertes, cristiano!" -"Con una tengo bastante." -"No me exasperes, perro; que acaso te la dé con martirio. Me estás saliendo caro. Comes mucho, y no ganas nada para mí." Cervantes se encoge de hombros. Dali Mami se retira y, al llegar a la puerta, se vuelve y dice: -"¡Ah! Ya he encontrado a Angélica. Ahora la tengo escondida yo." Y desaparece. Rostro de angustia indefinible de Miguel.

-Estudio de arte, muelle y regalado, de Muley Maluco, moro rico residente en Argel, poseedor de magnífica casa. Al fondo, ventanales. Muley Maluco, tipo de árabe fino y aristocrático, se halla en el centro del salón, tocando un laúd, con el que acompaña un breve canto oriental. En torno suyo, en divanes y cojines, se hallan su esposa Zoraida, el padre de ésta, Agi Morato, - renegado viejo y rico, - Dali Mami y dos o tres personajes más (de los dignatarios que se vieron en el puerto de Argel.)

-Elogios al buen gusto del cantante: -"No hay vez en la ciudad como la de Muley." -"Vuestra casa es templo del arte", dice adulator Dali Mami. -"Templo del arte, en medio de un Argel sin poetas..." -"En Argel hay poetas entre los cautivos". -"Lo sé: el doctor Sosa, en poder de Salomón el judío." -"...Y un ilustre grande de España, que me pertenece..." -"¡Poeta también? -"Y de familia poderosa." -"Esperarás un gran rescate..." Rostro codicioso de Dali Mami. Sigue hablando Muley: -"Le cuidarás como se merece."

-Dali Mami ríe. -"Le ~~verás~~ oímo de cuidados. ¿quieres verle? Le tengo trabajando en la huerta." Con curiosidad, Muley Maluco se acerca a la ventana y mira al través de sus vidrios. Su semblante expresa sorpresa y vuelve los ojos, interrogantes, hacia el cojín, que permanece a su lado. -"¿Es...ese?" -"¡Ese es!"

-Cervantes, en la huerta de Dali Mami, - lindante con la casa de Muley Maluco da vueltas a una noria, uncido a ella como una mala bestia. Su cara es resignada, inexpresiva... Su frente está bañada en sudor. Para no marearse, cierra los ojos, y anda automáticamente.

-Detrás de Muley y de Dali Mami, se han asomado Zoraida y Agi Morato. Entre ellos y Muley se cambian miradas de estupor. El arracz lo advierte y dice: -"Comprendo que os asombre; pero es un cautivo indomable, que necesito castigar."

-Zoraida, en un arranque de mujer: -"¡Eso no se puede hacer, Dali Mami!"  
Muley Maluco agrega: -"Te la compro." -"No lo vendo. Si te interesa, me pagas cinco ducados cada tarde que venga a hablarte de poesía."

Miguel sigue dando vueltas a la noria. Más allá, empleados en faenas de construcción de una casa, se hallan otros esclavos, a quienes vigila Mohamed.

-Cervantes se ha detenido, fatigado. Mohamed acude. Miguel le dice: "Un poco de agua, ¡por caridad!" Mohamed acerca un trozo, viejo y roto, de leza, con agua, a los sedientos labios del cautivo.

-Esta escena la presencia desde la ventana Zoraida. Esta dice: -"Tú eres piadoso, Muley. Tú tienes un espíritu sensible. Trae al doctor Sosa y a ese desgraciado y dales el consuelo que necesitan sus cuerpos y sus almas."

-"Yo también, - dice, cínico, Dali Mami, - soy sensible, bella Zoraida; confieso que los ducados de oro me enternecen. Lo mismo que estas labores alicatadas de Muley. ¡Son preciosas!" Y se dedica a examinar los trabajos de decoración árabe de Maluco, con afectado, y aún cómico, interés.

-Las mismas labores alicatadas son examinadas ahora por otras personas, cuyas sombras se reflejan en aquellas. -"Os felicito, señor. Sois un artista." Habla Miguel, vestido con su traje de esclavo; pero llevando al pie, solamente, la cadenita de oro. A su lado está un anciano, de rostro expresivo, pero fatigado: el doctor Sosa. Hacia él se vuelve Cervantes: -"¿Qué os parece, doctor?" El interrogado que, aunque sacerdote, lleva también *in* dumento de cautivo, contesta: -"que parece milagro del cielo encontrar *en* este infierno argelino, un refugio consolador y un hombre tierno."

-"Con los dos cautivos están Zoraida, Agi Morato y Muley Maluco, que los miran con mezcla de admiración y lástima. Muley habla: -"Yo quiero saber de vuestras vidas, quiero conocer vuestros versos..."

-"¡Versos! Gritos del alma. ¿Os pueden distraer, señor? ¿Versos de un soldado español, que estuvo en Lepanto?..."

-Zoraida, impresionada, interrumpe: -"¿Estuvisteis en aquel combate, caballero?" -"Tuve el alto honor, señora, de perder este brazo en la batalla naval." Miguel comienza a recitar:

"Cuando mi vista arrojé a la campaña  
rasa del mar, revive en mi memoria  
del heroico Don Juan la heroica hazaña..."

-En la habitación que fué de Angélica, Mohamed explica a Dali Mami. -"No encuentro a Angélica por toda la ciudad. El manco dice que la tenéis escondida." Dali Mami ríe. -"Se lo he dicho yo para hacerle sufrir. Es necesario que le acompañes siempre; que no hable con nadie. ¡Te va la vida!" Mohamed saluda con una zalema.

-Cervantes termina de recitar:

"Allí, con rabia y con mortal despecho,  
el otomano orgullo vió su brío  
hollado y reducido a pobre estrecho."

-El doctor Sosa abraza emocionado a Cervantes. Este corresponde: -"Gracias, Padre." Muley exclama: -"El laurel y la paz contigo, poeta valeroso..."

-Sensación de que se suceden varias reuniones literarias como la precedente, en casa de Muley Maluco, con los mismos o parecidos personajes de fondo: una vez es Muley el que tañe su laúd; otra, es el doctor Sosa, que recita:

"No me arredra, Señor, mi duro encierro  
pensando en tus angustias dolorosas.  
Al caer sobre mí lluvia de hierro,  
¡me parece sentir lluvia de rosas!"

Y otras es el propio Miguel, que dice:

"En la galera SOL que oscurecía

mi ventura su luz, a pesar mío  
fué la pérdida de otros y la mía."

-En la antecámara de la casa de Muley Maluco se halla Mohamed esperando. Zoraida sale y le obsequia con bebidas, que el turco agradece.

-Sigue la tertulia en casa de Muley. Habla Cervantes: -"Mi hermano Rodrigo intentó escaparse con nosotros. Cuando volvimos, fracasados, su amo le había sustituido y fué a parar al Baño Grande..." (MIENTRAS QUE MIGUEL HABLA, SE VAN VIENDO: PRIMERO, EL EXTERIOR DE ESTE PRESIDIO; LUEGO, EL PATIO Y ALGUNAS NAVES DEL MISMO, CON GRAN CONCURRENCIA DE POBRES HOMBRES ENCADENADOS, ENTRE LOS CUALES PULULAN VARIOS COMITRES, CON SUS LATIGOS, Y ALGUNOS PADRES MERCEDARIOS; Y, AL FIN, EN UN RINCON, AL INFELIZ RODRIGO, TENDIDO SOBRE UNA MANTA, FEBRIL)... "Este gran presidio, terror de cristianos y símbolo y escarnio de la ciudad pirata, tragó con sus tremendas fauces a mi hermano y no he vuelto a saber de él. ¿Ha muerto? ¿Se ha libertado? Diera yo media vida por conseguir su rescate; que estos buenos Padres Mercedarios que por Argel vienen, como ángeles de la Caridad, a buen seguro que ayudarían en mi propósito..." Termina con esto la visión del Baño Grande.

Muley Maluco contesta: -"Tu rescate es difícil, Miguel. Dali Mami no suelta su presa; como tampoco suelta Salomón la suya, tan apetecible, del doctor Sosa. Pero yo te doy doscientos ducados por el rescate de Rodrigo." -"¡Muley!..." En el semblante noble de Cervantes, - que puede verse en primer plano, - se refleja una incontenible emoción. Miguel se ha puesto de pie: -"Yo no podré devolverlos hasta mi llegada a España... cuando Dios quiera."

-El caballeroso moro no le deja terminar: -"¡No se hable más de eso!" Y se retira, rápido, de la habitación.

-Zoraida se acerca, entonces, a Miguel, que ha quedado indeciso, mientras que el doctor Sosa habla, aparte, con otros dos o tres esclavos que hay en la reunión. Y le dice Zoraida a Cervantes: -"¿No quieres el rescate de nadie más?" -"¿De quién, señora?" -"De una mujer, que comparte tus penas." -"¿Por quién lo sabes?" -"Por Mohamed." -"Mi obligación es salvarla y devolverla a Italia, con los suyos."

-La bella Zoraida mira a Miguel con no disimulada simpatía, y le entrega, más disimuladamente, una rica joya, que se desprende del pecho: -"Toma; para que esa mujer vuelva a su tierra." -"Gracias, señora."

-En una estancia modesta, pero limpia, se halla Angélica, sentada en un escabel. Delante de ella, de pie, Alí Zaquí. Este dice: -"El teniente Castañeda, antes de marchar, me dió vuestras señas... y algo más." -"¿Qué más?" -"Este billete del señor Miguel." Le entrega el mismo papel que Cervantes dió a Castañeda. Angélica lo lee rápidamente y, en seguida, con decisión, pregunta a ~~Miguel~~ Alí Zaquí: -"¿Tú eres valiente?" El muchacho, un poco jactancioso, reponde: -"Siempre lo he sido." Ella insiste: -"¿Tú eres entonces un bambino valeroso?" El, un poco menos decidido: -"¿Qué tengo que hacer?" -"Muy sencillo: el señor Miguel, - como tú dices, - está encadenado. ¿Non e vero?" Gesto afirmativo del genízaro, con la cabeza. Angélica sigue: -"Pues, si está encadenado, ¡hay que raptarlo!"

-Se ven, únicamente, las piernas de Alí Zaquí temblando. Luego, su cara, que quiere sonreír. -"¿Cómo raptarlo?"

-Pero Angélica, de pie, decidida, como en sus mejores momentos de soldado, no repara en la turbación del chico y continúa: -"¡Asaltaremos la casa del cojo. Tú... ¡con una espada! Yo, ¡con tu alfanje!" Angélica desenvaina a Alí Zaquí y con él acciona: -"¡Buscaremos a mi español! ¡Qué importa que los criados quieran impedirlo? Al primero que lo intente... ¡zas!, le cortas la cabeza..." (LAS PIERNAS DE ALI ZAQUI REDOBLAN SU TEMBLOR) ... "Y, si alguien sale en su defensa... ¡zas!, ¡con este alfanje le degüello!" Angélica ríe. Alí Zaquí balbucea: -"Pero... ¿una mujer?... ¿Y esa espada que decís?..."

-Angélica va al cofre y lo abre. -"Mira, bambino. El arca del señor Onofre Exa... lo resuelve todo." Comienza a sacar telas y armas. Alí Zaquí, ya apurado, -"Y el señor Onofre, ¿os dejará salir?" Ella, con seguridad: -"Es

muy bueno y quiere mucho a los cristianos." En la cara de Alí Zaquí se advierte que el muchacho ha perdido toda esperanza.

-En la antecámara de casa de Muley Maluco, espera Mohamed. Del interior llega Cervantes. -"Cuando quieras, Mohamed." Ambos salen. Se les ve por una o dos calles, estrechas, alumbradas levemente por la luna.

-Por otras calles, también estrechas y también débilmente iluminadas, caminan Alí Zaquí y Angélica. Esta, vestida otra vez de hombre, con traje de mercader griego. En la mano, lleva el alfanje. Alí Zaquí arrastra, o poco menos, un enorme espadón. El paso torpe y blando del muchacho es digno de verse.

-Ante la puerta de la casa de Dali Mami llegan Angélica y su acompañante. Como la encuentran cerrada, Angélica, ni corta ni perezosa, da dos golpes en ella con el puño del alfanje. Alí Zaquí da dos respingos.

-Avanzan Miguel y Mohamed por otras calles. Cervantes propone al gigantón: -"Si mañana me dejas en libertad por Argel, hoy te doy diez ducados y mañana otros diez." El turco contesta: -"Si te escapas, me costará la vida." -"Por mi Dios te prometo que a estas horas me encuentras mañana en casa de Muley Maluco." Mohamed mira a Miguel y, sugestionado por su mirada, sólo repone: -"Dame los diez ducados." Miguel, sin dejar de caminar, le entrega unas monedas.

-Ante la puerta, ya abierta, de Dali Mami, lucha Angélica, con su alfanje, contra dos criados del arraez, que se oponen a su entrada. Detrás de ella, Alí Zaquí procura evitar los golpes; y, de cuando en cuando, aprovechando los descuidos de aquellos, les lanza débiles sablazos y se refugia otra vez tras el cuerpo del fingido mercader griego.

-Inmediatamente llegan Mohamed y Miguel. Este separa a los contendientes. Estupefacción de Miguel al encontrarse con ella. -"¿Es este el cumplimiento de mis órdenes?" Ella se disculpa: -"Creí que estabas encadenado." Con súbito impulso arremete contra Alí Zaquí: -"¡El bambino tiene la culpa!" Alí Zaquí se guarece detrás de Miguel.

-El gigantón, al darse cuenta de la presencia de Angélica, se encamina presuroso hacia dentro; pero Miguel le detiene: -"¿Adonde vas, Mohamed?" Mohamed sonríe y mira a Angélica. Miguel sigue: -"Doblo la paga por tu silencio." Afirmación de Mohamed: -"Sea." Cervantes se dirige ahora a ella: -"Esperame mañana; yo te lo explicaré todo. Necesito de tí, Angélica." -"¿No me engañas, Michele?" El, con firmeza: -"¡Espérame!" Ella desaparece entre las sombras, sola.

-Miguel dice a Mohamed: -"¡Vamos!" Desaparecen también los dos hacia el interior, seguidos de los dos criados. La puerta se cierra. Ha quedado, solo, Alí Zaquí, como quien ve visiones. Tira la espada y aprieta a correr como alma que lleva en diablo.

-Al día siguiente, Cervantes ha ido a ver a Angélica, a la habitación oculta de casa de Exarque. Miguel habla: -"Tengo el dinero de tu rescate." -"¿Yo no me voy sin tí?", responde ella sin titubear. -"¿Y, si fuera precisa tu marcha para mi evasión?" Ella, sorprendida: -"No comprendo."

-Cervantes la tranquiliza: -"Tengo el dinero también para rescatar a Rodrigo y para rescatarte a tí; pero yo ansío liberar del cautiverio a muchos desgraciados. Vosotros llegaréis a España; y tú, con tu audacia y con tu ingenio, y Rodrigo, valiéndose de viejas amistades, fletaréis un barco que en un día convenido, vendrá a buscarnos. Y una noche.... ¿Comprendes ahora?"

-Angélica, enamorada, se queda mirando fijamente a Miguel y dice: -"Si ha de ser para salvarte, manda y obedeceré." Cervantes y Angélica se contemplan; sus manos se enlazan, sus labios se acercan...

-Miguel entra en el Baño Grande. Pregunta a un jefe de cancerberos: -"¿Pue-

do ver al cautivo Rodrigo de Cervantes?" El interpelado mira en una larga lista que tiene en la pared, colgada de un clavo, y contesta: -"Trabaja en las fortificaciones." -"¿Muy lejos?" -"A una legua, siguiendo la playa..."

-Cervantes, por la costa argelina. Al fondo, el mar. Pasa ante fincas con altas tapias. Llega a sus oídos, de pronto, una canción española. Es la vieja jota de Aben Jot:

"Si mi madre fuera mora  
y yo nacido en Argel,  
renegara de Mahoma  
sólo por volverte a ver,  
blanca y hermosa paloma..."

-Canta la canción un muchacho simpático que, subido en una escalera, arranca hermosos higos de una higuera opulenta.

-Miguel detiene su paso y se sienta al borde del camino para escuchar al mozo. -"¡Bien cantado!", dice, al final, como corolario. El cantador mira, ve a Cervantes, ríe y pregunta: -"¿Qué? ¿Le gustó? ¡Cosas de la tierra!" -"De nuestra tierra." -"¡Dios la bendiga!"

-El mozo tira a Cervantes por encima de la tapia un hermoso higo: -"¡Tómese ese higo fresco a mi salud!" -"Gracias. Así colmaré mi sed." -"¿Va lejos?" -"A las fortificaciones." -"Cuando vuelva, le tendré un capacho." -"¿Y, cómo te encontraré, buen mozo?" -"Me llamo Juan." -"¿Cómo te encontraré, Juan?" -"Aquella es la puerta."

-Miguel sigue su camino. Ya está al pie de una alta muralla. Ya está junto a Rodrigo: éste, con medio cuerpo desnudo y los pies encadenados. Un abrazo.

-Los dos hermanos, sentados en el suelo. Los demás cautivos que trabajan allí, duermen. Es la hora de la siesta. Miguel está hablando. Tiene una bolsita en la mano. -"Tomarás estas monedas. Se las darás a un Padre Mercedario para que él gestione tu rescate. Volverás a España..." (GESTO DE PROTESTA DE RODRIGO. PERO MIGUEL SIGUE:)... "Si lo haces todo con ~~inteligencia~~ inteligencia, quedaré libre yo también dentro de pocos meses... Escucha."

-Juan el jardinero de la finca, - pone en un capacho los mejores higos que ha encontrado en sus higueras.

-Volvemos a ver a los dos hermanos. Sigue hablando Miguel: -"Es preciso también que te llesves a Angélica. De su rescate yo me encargo. Ella irá con la ilusión de ayudarte en la empresa; pero nuestro deber, - ¡mi deber de hombre honrado, Rodrigo!, - es restituirla al calor de los suyos. Si consigues el barco, primero la llevas a Nápoles y luego vienes a buscarnos." -"No querrá quedarse en Nápoles." -"querrá; porque en Italia la esperan sus hijos... y tú le dirás que he muerto." -"¡Miguel!" -"¡No te aflijas, hombre! Que aún me quedan por hacer cosas muy peregrinas."

-Miguel vuelve y entra en la finca del jardinero Juan. Este corre a su encuentro, alborozado.

-Juan enseña a Cervantes el jardín, muy bien cuidado -"Es de un moro rico, -dice, - que nunca viene por aquí."

-En el fondo, sobre un recuesto, Miguel descubre una cueva entre los peñascos, medio oculta entre la maleza. -"Parece, - comenta riendo Juan, - un antiguo refugio de pastores o de bandidos."

-Miguel reflexiona: -"En efecto: un refugio admirable... cerca de la costa." Y, dando un golpe familiar en el hombro del jardinero, le pregunta, campesano: -"¿A tí te importa que, de cuando en cuando, venga por aquí?" -"¿A mí? Usted es de mi tierra... ¡y no hay más que hablar!"

-Cervantes llega al rico aposento de Dali Mami en casa de éste. Y le anuncia -"Buenas noticias, Dali Mami. Llegó el rescate de mi hermano..." -"Por al

go se empieza." -"Y llegó también, si quieres, el de esa mujer que me robase." Dali Mami, duro: -"El de esa mujer, que me has arrebatado tú." Cervantes, jocosó: -"Viene a ser lo mismo. Como jamás volverás a verla, te conviene negociar su venta."

Dali Mami duda un instante. Después pregunta: -"¿Quién me la compra?" Miguel: -"Yo." -"Un esclavo no puede comprar." -"Pues comprará otra persona ~~en~~ en mi nombre." El renegado ríe. Cervantes saca la joya de Zoraida y se la enseña al cojo. Este hace ademán de arrebatársela; pero Miguel le rechaza, ~~en~~ enérgico: -"Para quitármela, tendrías que quitarme antes la vida... ¡y no es negocio!" Dali Mami vuelve a preguntar: -"¿Cuánto quieres por ella?" -"Ya te lo he dicho antes: la libertad de Angélica. ¡Piénsale bien!"

-Sucesivamente, desfilan ante el espectador: un papel que la mano velluda de Dali Mami entrega a la mano cuidada de Cervantes; la joya que esta misma mano da a la velluda del renegado; unos pliegos que la mano de Miguel entrega a la grande y enérgica de su hermano; el abrazo de despedida que Rodrigo y Miguel se dan; el abrazo emocionado de Cervantes y Angélica, ya en el puerto, diciendo ella al oído de su idolatrado: -"¡Volveré por tí!"; el "adiós" al barco que se aleja; y, en primer plano, el pliego que lee Rodrigo en el barco, del que son las siguientes líneas manuscritas: "ES MI ESPERANZA QUE, CON LA PODEROSA PROTECCION DE LOS VIRREYES DE VALENCIA Y BALEARES, PUEDAS APRESTAR EL BAJEL QUE NECESITAMOS PARA HUIR. Y ES MI PROYECTO QUE, ENTRE EL 20 Y EL 22 DE SEPTIEMBRE LLEGUÉIS A LIBERARNOS. ESTAREMOS A UNA LEGUA AL ESTE DE ARGEL. NOSOTROS ENCENDEREMOS LUCES Y VOSOTROS..." Rodrigo vuelve la hoja para seguir leyendo; pero una ráfaga de viento agita el ~~papel~~ papel y le impide continuar allí.

-El mismo viento azota la cara de Miguel, que torna, solo, a casa de su amo. Cuando va a entrar en ella, sale a su encuentro Mohamed, que le dice: -"Muley Maluco te espera. Puedes ir."

-En casa de Muley. Zoraida interoga a Cervantes: -"¿Se fueron ya?" -"Se fueron, mi señora." -"Salvados, entonces..." -"Salvados." -"Pero tú estás triste..." -"Estoy triste, mi señora, porque me he separado de una mujer que todo lo sacrificó por mí."

-En el rostro noble de Miguel se dibuja un hondo dolor. En el semblante de Zoraida resplandece, en cambio, la alegría. -"Pero no te has quedado solo. Tendrás en Argel quien te defienda, quien te consuele." -"Bien lo sé: Muley Maluco." -"Muley Maluco...y quien no es Muley..." Miguel alza los ojos y halla la mirada dulce y enamorada de Zoraida. -"¡Señora!..."

-"Yo sé que sufres,- dice la mora,- yo quiero que sepas que aquí puedes desahogar tu pecho. Nadie podrá comprenderte como yo." Y Zoraida toma entre las suyas la mano única de Miguel.

-Cervantes, con nobleza, repone: -"Yo no puedo entregaros el fondo de mi alma." La mora suelta la mano de él: -"¿Por qué no confías en mí?" Miguel sonríe amargamente y explica: -"Porque advierto ahora que la sinceridad de mi anhelo os causaría pesar." -"¿Cual es tu anhelo, cristiano?" -"¡Escapar de aquí!" Ella, impresionada: -"¡Escapar! ¡Siempre escapar!" -"Siempre..."

-Zoraida reacciona, como quien toma de pronto una resolución. -"¡Sea! Yo te ayudaré." Miguel, radiante: -"¡Tú, señora?" Ella: -"Dime tus planes, lo que intentas, lo que realizas sin duda..." -"Pues oye..."

-A partir de este momento, va sucediendo en la pantalla lo que Miguel refiere: -"QUIERO SALVAR A MUCHOS INFELICES, QUE SON HERMANOS MIOS: UNOS FADECEN CAUTIVÉRIO EN EL BAÑO GRANDE; OTROS, EN EL PALACIO DE HASAN BAJÁ; OTROS, EN CASAS PARTICULARES... ¡TODOS ESTAN A PUNTO DE MORIR EN ESTE PRESIDIO QUE ES ARGEL! YO HE ENCONTRADO EN MIS PASEOS UN DELICIOSO JARDIN, GUARDADO POR UN ESPAÑOL. EN EL JARDIN, HAY UNA CUEVA; UNA CUEVA MUY HONDA, QUE HE RECORRIDO YA MUCHAS VECES...Y, EN ESTA CUEVA, SE VAN REFUGIANDO, POCO A POCO, LOS CRISTIANOS QUE QUIEREN SALVARSE. UN DIA ES UN ANCIANO GENERAL, QUE CONSIGUE LLEGAR SIN SER VISTO; OTRO, ES UN MERCADER VALENCIANO, A QUIEN LA GOTA TIENE MEDIO IMPEDIDO; OTRO, EL DOCTOR SOSA, VUESTRO GRAN AMIGO EL DOCTOR SOSA,

A QUIEN YA NO VEREIS MAS...YO LOS LLEVO, LOS GUIO, LOS DEJO ALLÍ; ENTRE AQUELLAS PAREDES INMUNDAS, ENTRE SOMBRAS Y RAMAS E INSECTOS...PERO TODOS QUEDAN ANIMOSOS; PORQUE SUELE ACONTECER QUE, EN LOS GRANDES PELIGROS, LA ~~ESPERANZA DE VENCERLOS SACA DEL ANIMO DESESPERADAS FUERZAS.~~ POCA ESPERANZA DE VENCERLOS SACA DEL ANIMO DESESPERADAS FUERZAS."

- Vuelve a verse a Zoraida con Miguel. Ella interrumpe la narración: -"¿Y tú?" Cervantes responde: -"Yo necesito no inspirar sospechas; yo seré el último que me encierre para afrontar el trance final." -"Pero te sorprenderán un día, cuando vayas o vengas de la cueva..." -"He de llevarles alimentos; he de mantenerme en contacto con ellos." -"Tú necesitas un hombre de confianza, que te ayude." -"No lo tengo. El jardinero Juan no puede apartarse de allí." -"Yo tengo ese hombre. Yo te lo ofrezco, con una sola condición; que el día de tu fuga... ¡me lleves contigo!" Miguel, de pie: -"¡Señora!"
- Ante Zoraida se halla ahora el viejo criado que hemos visto en otras ocasiones sirviendo a los invitados de Muley Maluco. Zoraida habla: -"Tú, mi fiel Dorador, te pondrás a las órdenes del caballero cristiano. Muley Maluco y yo queremos salvarlo. Tú eres el espejo de la fidelidad; tú tendrás tu recompensa, tú sabes que te quiero como a un hermano." -"La vida que me pidieras, mi ama, por tí la arriesgaría."
- Miguel y el venerable Dorador, de noble mirada y gran barba blanca, llegan al jardín de Juan. El Dorador lleva una cesta con provisiones. Ambos, entran en el interior de la cueva. Un estrecho corredor. Por él avanzan Miguel y su acompañante. Las paredes luego se ensanchan. Al fin, un hueco grande, donde se hallan unos cuantos hombres dormidos. -"¿Cuántos son?", pregunta el Dorador. -"Hasta ahora, diez. Han de venir hasta veinte. Cada dos días necesitan provisiones." -"Yo las traje cada dos días."
- Sensación de transcurso de tiempo: se ven en la cueva doce hombres y un cesto de provisiones; luego, quince hombres, -siempre dormidos, - y dos cestos de provisiones; al fin, veinte hombres y tres cestos. En medio de estos rápidos cuadros, puede verse al Dorador saliendo o entrando en la cueva.
- En casa de Muley. -"Ha llegado el momento, - dice Miguel, - de que me despida de vos, señora. Me esperan la liberación o la muerte." Está solo Miguel con Zoraida. Esta le contesta, rápida: -"Ha llegado entonces el instante de que huyamos." Cervantes, con dignidad: -"Zoraida, eso no es posible. Es una locura." -"Estoy loca, lo reconozco; pero no tengo la culpa de haberte conocido." -"Ved que los ímpetus amorosos corren a rienda suelta, hasta que encuentran con la razón o el desengaño." -"Yo no tendré más desengaño que el de verte partir: español generoso, español ardiente, español gallardo..." -"Pero, ¿y vuestro esposo? Le debo noble amistad..." Zoraida, enamorada, se arroja a los pies de Miguel: -"¿Por qué me hablas de deberes cuando yo te hablo de amor?"
- Aparece en la estancia el Dorador. Y dice: -"También vos me hablasteis de fidelidad. En nombre de ella, yo os digo, señora, que dejéis partir a este buen hombre. Loado sea Dios y él le acompañe." Zoraida: "¡No!"
- La mora se ha puesto de pie e intenta retener con sus brazos a Miguel; pero éste pone un beso en el reverso de su diestra, y diciendo "¡Adiós, Zoraida!" se desprende con facilidad de ella, que cae desmayada en los brazos del viejo Dorador.
- Cervantes ya está en la cueva con los demás cautivos, que le rodean ansiosos. Varias preguntas salen, casi al mismo tiempo, de sus labios: -"¿Cómo vinisteis?" -"¿Cuándo es la partida?" Y, con las preguntas, exclamaciones como estas: -"¡Dios os bendiga!" -"¡Al fin os tenemos a nuestro lado!" A las que Miguel, alentador, responde: -"Ya estoy con vosotros para correr vuestra misma suerte. Una de estas madrugadas, según mis cálculos, llegará la goleta salvadora."
- Varios le abrazan. -"¡Libertad! ¡Libertad!" Cervantes replica: -"No demos a la esperanza mucho vuelo. Por nuestra libertad trabajamos; pero, si se malogra nuestra empresa, no desmayemos y no perdamos nuestra fe en Dios." Un cau-

tivo: -"¡Hemos sufrido tanto!..." -"Más sufriréis si os abandonais a la suerte."

-Zoraida, en su casa, como alocada, increpa al Dorador: -"¡Maldito! ¡Maldito! ¡Dime endonde está la cueva! ¡Dime endonde está el jardín del jardinero Juan!" El Dorador mueve la cabeza negativamente. Ella vuelve a increparle: -"¡Maldito! ¡Maldito!..."

-La misma increpación ("¡Maldito! ¡Maldito!") suena en unos labios varoniles. Son los de Dali Mami, que, rojo de rabia, fulmina su indignación contra Mohamed. Este, con humildad, dice: -"No ha vuelto, señor. No es la culpa mía." Dali Mami responde: -"¡Lo has de traer vivo o muerto!"

-Mohamed, corriendo por las calles de Argel.

-Zoraida, sola, corriendo por las calles de Argel.

-El Dorador, solo también, corriendo por las calles de Argel.

-Al volver una esquina, se encuentran Zoraida y Mohamed. -"¿Adonde vas?" pregunta ella, anhelante. -"¡El señor Miguel! ¡Se ha escapado! ¿Vos sabéis donde está?" Zoraida, con ímpetu reconcentrado, exclama: -"Si tú lo averiguas, Mohamed, tendrás una bolsa de oro. Sólo sé que se oculta en un jardín de la costa. ¡Búscalos! ¡Tráemelos, Mohamed!" -"Pero, ¿no se ha escapado? ¿No huye?" -"¡Sí! Quiere huir con otros cautivos. Viene una goleta a buscarlos. -¿Cuándo?" -"Una de estas noches." -"Yo te prometo, señora, que te lo traigo. Vivo o muerto; pero te lo traigo." Zoraida, horrorizada, reacciona: -"Si lo matas, Mohamed, ¡te mato yo!"

-Zoraida, deshecha, es llevada y entrada en su casa por el Dorador.

-Una goleta en el mar. Se balancea, acariciada por una brisa suave.

-Mohamed, ante Dali Mami, dice con energía: -"No tengo el cautivo; pero caerá en mis manos. Dame soldados, marineros, ¡gente tuya! Vas a tener, además, una buena presa."

-Por la noche. Noche de luna. En la costa pululan unas sombras. En el jardín, otras sombras salen de la cueva y suben a un altozano. Se percibe con facilidad la figura de Miguel, que mira hacia el mar.

-En el mar, a lo lejos, se encienden unas luces. -"¡Ellos son!", exclama Cervantes. Y dirigiéndose a otra silueta, que es la de Juan el jardinero, le dice: -"Enciende la hoguera."

-Una hoguera encendida en medio de la noche plateada. En la costa, los hombres armados, que esperan, descubren la fogata. Habla Mohamed a sus soldados: -"¡Todos quietos! Ya sabemos donde están, ¡Pero hemos de atraparlos juntos!" El grupo de soldados que rodea al gigantón turco es muy numeroso.

-La goleta se va acercando a tierra...

-De la goleta, que arroja anclas a docientas brazas de la costa, descienden dos barcazas, que, rápidamente, son ocupadas por marineros. En una de ellas se advierte el corpachón fuerte de Rodrigo Cervantes. En la otra ejerce el mando un hombre también alto y robusto..

-Mohamed y sus soldados, en silencio, protegidos por las sombras, se agazapan en los relieves del terreno, acechando las barcas que se acercan.

-En la cumbre del altozano del jardín, iluminados sus rostros por los resplandores de la fogata, rezan los cautivos, arrodillados, en torno de Miguel, que permanece de pie, con la vista fija en el mar.

-Mohamed, en la costa, a sus hombres, que inician un movimiento para salir al encuentro de las barcazas: -"¡Quietos he dicho! Esperemos a que desembarquen!"

-Detrás de los soldados de Mohamed, pero a respetable distancia, se halla

Dali Mami, acompañado de otro personaje de calidad (de los que ya hemos visto en el séquito de Hasán) y de dos marineros.

-Los españoles van desembarcando de las barcazas. Lo hacen con precaución y cuidado. Los dos jefes se juntan. Rodrigo dice al otro, mirando a la hoguera: -"Ahí están, Viana. ¿Por qué no bajan ya?"

-Se ponen en marcha los marineros de Rodrigo. Los soldados de Mohamed abandonan sus puestos. Los cautivos, con Cervantes, comienzan a descender, ilusionados.

-Un fogonazo. En seguida, otro. Los españoles se detienen. -"¡Nos han descubierta!", dice Rodrigo.

-Otro fogonazo. Entre los suyos, inermes, Miguel exclama: -"¡Nos han traicionado!"

-Viana, a sus soldados: -"Vendamos caras nuestras vidas." Por todos lados salen guerreros de Mohamed, dando saltos y gritos guturales. La lucha, rápida, se generaliza. Sin que cesen los disparos de los arcabuces, llegan pronto, unos y otros, al "cuerpo a cuerpo". Se atacan y se defienden con armas blancas y hasta hacen uso de las culatas de los arcabuces como instrumentos contundentes. Caen a tierra, muertos o heridos, soldados de una y otra parte.

-Miguel intenta desasirse de los brazos del general y de otro cautivo, que le retienen: -"¿Dónde va vuestra merced sin armas? ¿Al sacrificio?" Pero las preguntas del general quedan incontestadas, porque Cervantes logra soltarse y, a todo correr, se dirige hacia el lugar de la lucha.

-En la refriega, los españoles han llevado la peor parte, abrumados ante la superioridad del enemigo. Un grupo, mandado por Rodrigo, ha retrocedido hasta una de las barcazas, que ocupa, y, desde la cual, alejándose, se hace fuerte. En el rostro de Rodrigo se refleja la angustia que le invade.

-Gritos de victoria de los argelinos. Aún tirotean a los de la barcaza, que sigue alejándose hacia la goleta.

-Miguel, corriendo, llega a la costa. Toma una espada de un español que yace en tierra y acomete con ella a Mohamed, que ha salido a su encuentro. -"¡Canalla!" Mohamed le responde: -"¡Perro cristiano!" Los dos hombres se acometen (sirviéndoles de fondo el tiroteo de los demás musulmanes contra los españoles).

-Miguel acorrala, briosamente, a Mohamed; pero llegan en auxilio de éste dos de sus soldados, que lo atemazan por la espalda y, después de breve forcejeo, le arrebatan el arma.

-A lo lejos, Dali Mami ríe sarcásticamente. Cervantes oye la risa y le contesta con una mirada arrogante y desafiadora.

-Miguel echa a andar, sujeto siempre por dos soldados. Mira hacia la barcaza donde va su hermano, que apenas si se ve, cerca ya de la goleta, bajo la luz de la luna.

-Al reanudar su marcha, Miguel tropieza con un cuerpo muerto. Es un soldado cristiano. La cara de Cervantes se transfigura. Ha reconocido al caído: es Angélica.

-Como herido por un rayo cae Cervantes junto al cuerpo de su amada, que ha sacrificado su vida por él. -"¡Angélica! ¡Angélica mía!", clama desolado. Palpa su cabeza; acaricia su rostro; pone en su frente un beso de indefinible ternura. Dos gruesas lágrimas se desprenden de los ojos del poeta español, que sólo ve entre sus nieblas los dos ojos entreabiertos de Angélica que, sonriendo, le dan su último adiós.

-Un soldado intenta separar a Miguel de allí. Pero él se resiste: -"¡Matadme, si queréis; pero dejadme rezar por ella!" El soldado no comprende. Sin embargo, respetuoso con su dolor, no insiste.

- Suena más cerca la carcajada de Dali Mami. Este se aproxima al grupo con el dignatario real. Cuando llega a unos metros de Cervantes, se detiene y le dice: -"Te has perdido esta vez para siempre." Miguel, todavía con una rodilla en tierra: -"¡No lo sabes tú bien, miserable!"
- Dali Mami avanza como para castigar el insulto de Cervantes. Este agrega, imperioso: -"¡Mírala!" Dali Mami mira el rostro de Angélica y retrocede, horrorizado: -"¡Eh? ¡No puede ser!" Miguel, de pie, le acusa inflexible: -"¡La has matado tú! ¡La mataron tus gentes!"
- Va a lanzarse Miguel sobre el cojo; pero los soldados se apoderan nuevamente de él y lo retiran de allí. Dali Mami se queda silencioso, contemplando el cuerpo de Angélica y, volviéndose, dice a uno de sus marineros: -"Dadle reposo en tierra blanda."
- Los cautivos, asustados y apañados, han ido retrocediendo, mientras tanto, hacia la cueva de donde habían salido. Cuando intenta refugiarse de nuevo en ella y buscan su entrada, se encuentran con que ésta se halla guardada por soldados argelinos, que les amenazan con sus armas. El general Carrillo exclama: -"¡Otra vez traicionados!" Otro cautivo (de los que participaron en la primera fuga) añade: "¡Esta vez ha sido el Dorador!" Un soldado argelino, con arrogancia: -"¡Nadie se mueva! ¡Presos en nombre del rey!"
- Los cautivos, - unos, dignos; otros, suplicantes, - se entregan a los soldados, que comienzan a atarles.
- Vemos ahora a los cautivos, con Miguel a su frente, sometidos al interrogatorio de Dali Mami. Ha comenzado a amanecer, y los primeros rayos del sol acarician el semblante dolorido, pero ya sereno, de Cervantes.
- "Somos inocentes, señor...", dice un cautivo de apocado espíritu. Y otro agrega: -"Nosotros nada hemos hecho." El general Carrillo interrumpe, digno: -"¡Miente vuesa merced! Todos somos culpables por igual." -"¡Eso, no!", claman varias voces, casi al mismo tiempo.
- Miguel corta estas voces. -"Estos hombres, -dice, - son inocentes. Sólo yo soy culpable." Dali Mami se le queda mirando, estupefacto: -"O estás loco o yo no entiendo lo que dices."
- Cervantes, tranquilo, dueño de sí, replica: -"No comprendes que haya un hombre en quien puedan más la rectitud y el amor a la verdad que el temor a la muerte. Estos hombres son inocentes, porque vinieron engañados por mí. Confíaron en mis promesas de loco, en mis sueños de salvador..."
- Dali Mami, absorto: -"Tú mismo te acusas." Cervantes: -"Porque no soy tan cobarde como vosotros. Dame el castigo que quieras; pero ~~deja~~ deja que estos vuelvan a sus casas."
- El semblante del cojo se contrae de nuevo: -"¡Eso, nunca! ¡Todos moriréis a mis manos!" Ahora el que interviene es el dignatario real que acompañaba al arraz. -"No, Dali Mami; te equívocas. Estos ~~me~~ hombres son fugados, y todos ya pertenecen al rey."
- Dali Mami, señalando a Miguel: -"Pero éste es esclavo mío." -"Desde hoy, como los demás fugados, pertenecen únicamente al rey nuestro señor." Cara indefinible del cojo.
- Cervantes, ante el rey Hasán Veneciano, en el palacio de éste. Hasán le pregunta: -"¿Sabes quién soy?" Miguel repone: -"El rey Hasán, señor de Argel... en tanto que mi rey te lo consienta."
- Hasán sonríe, compasivo: -"Soy dueño de tu vida." Miguel: -"Los soldados españoles no tienen miedo a la muerte." Hasán: -"Yo haré que inclines la cabeza." Miguel: -"Habrás de cortarla primero."
- Asombrado Hasán ante la respuesta de Miguel, vuelve los ojos, interrogantes, hacia el grupo que forman, al fondo del salón donde se desarrolla esta escena, la favorita Zulima y su esclava Fátima.

- De la favorita , sólo se ven,- sólo ve Hasán,- unos ojos hermosos, suplicantes, que miran luego con interés al poeta español.
- Hasán torna su rostro más benévolo. -"Comprendo <sup>tu</sup> arrogancia, español: piensas que no te mataré, porque espero de tí un buen rescate. En esto te equivocas. Sé que eres un pobre hidalgo; pero no quería destruir tu leyenda. Una sola cosa te digo: lo que no tienes, lo puedes alcanzar todavía."
- Cervantes finge no comprender. -"¿Subir al patíbulo, quieres decir?" Hasán continúa, insinuante: -"Horuk Barbarroja, el corsario, el hermano de Chaireddin, era un hombre manco como tú."
- Miguel calla. Pero Hasán sigue hablando: (En los ojos de Zulima, anhelantes, brilla la esperanza) -"¿Qué te espera en España? El hambre y la miseria. Si aceptas, te hago capitán de corsarios; te declaro libre...!Te daré un buen barco! Empleras bien la mano que te queda. ¿Aceptas?"
- Hasán tiende la mano a Cervantes. Miguel no la recoge. Hasán insiste: -"¿Quién te lo impide? ¿Tus compañeros? Si aceptas,..los perdono a todos."
- Cervantes, espontáneamente, tiene un movimiento para estrechar la mano que Hasán vuelve a tenderle. Pero reacciona con firmeza y exclama: -"¡Eso no me lo puedes proponer!" (Otros ojos,-los de Fátima,- miran a Cervantes, animándole. De ellos se desprenden dos lágrimas.)
- Nuevo gesto de dureza de Hasán. Miguel pregunta ahora: -"¿Por qué intentas humillarme?" -"¡Porque eres un criminal!" -"Pues si soy un criminal, dame el castigo que merezco, y acabemos por fin!"
- Vuelve a mirar Hasán a las mujeres, que mantienen su actitud implorante. Y hacia ellas se encamina, no sin antes decir a dos de sus servidores: -"¡Aplicadle el tormento!"
- Aparecen, bajo un arco del salón, dos hombres vestidos de verde y otros dos de morado: los cuatro, con turbantes negros. Llevan en sus manos unos largos palos, articulados, de madera, erizados en sus extremos de agudos clavos.
- Uno de estos hombres dice, convencido: -"Los mayales te harán entrar en razón." Con rapidez y crueldad, otros dos verdugos arrancan el vestido del torso de Cervantes y arrojan al poeta, desnudo, sobre el pavimento, con cara y cuerpo vueltos hacia abajo.
- Se ve la cara de Cervantes que cierra los ojos, esperando el primer golpe de mayal. En efecto, uno de los verdugos alza sus palos para comenzar el tormento.
- Una mano detiene el mayal amenazador. La mano es del propio Hasán, que dice, dirigiéndose a Miguel: -"Estás demasiado débil. La tortura sería una ejecución. ¡Levántate!"
- Otro salón del palacio. Fátima habla a su ama: -"Lela Marien le ha salvado otra vez, mi señora." Por detrás del grupo de mujeres, surge Hasán. -"Le he salvado yo por complaceros. Y se lo he comprado a Dali Mami." -"¿Por...?" -"Por quinientos ducados. No lo venderé por menos de mil."
- Desde la ventana de este salón, Zulima, siempre con Fátima, mira la humilde celda donde está encerrado, en un pequeño edificio fronterero, Miguel de Cervantes. Se ve al poeta sentado en una silla, con los pies encadenados. Pero, como conserva la mano libre, con ella escribe.
- Un pliego. Y, a continuación, como difuminados, dos pliegos...diez pliegos.. veinte...cuarenta...Los pliegos, como volando por los aires, van a parar a otros tantos edificios de Argel. Se cuelan por las puertas, llegan a poder de cautivos...
- La mano de Miguel deja de escribir y pasa su palma por la frente. -"¡Estos sueños locos!...Cuanto más hondo estoy, más grandes empresas concibo!" Lee

en uno de los pliegos que acaba de describir: "COMPRAR UNA FRAGATA, SALVAR A CENTENARES DE CAUTIVOS, LIBERAR POR LAS ARMAS ARGEL, OFRECERLE LA CIUDAD AL REY NUESTRO SEÑOR..."

-Levanta la vista y se da cuenta de que, enfrente, Fátima y su ama le contemplan con miradas alentadoras.

-Los pies de Cervantes son libertados de grilletes por un soldado. Vuelve a llevar el poeta la pequeña cadena de oro de los primeros tiempos de su cautiverio.

-Junto a Miguel está la pequeña Fátima, que le dice: -"Mi señora ha pedido al rey que puedas moverte por la ciudad como antes. El rey te lo ha concedido, con una sola condición." -"¿Cuál?" -"Que, si vuelves a intentar escaparte, yo sufriré el castigo." Cervantes, sonriendo: -"Jamás me moveré de aquí." Entonces Fátima, como iluminada, toma la mano de Cervantes, se la besa y exclama: -"Lela Marien me ha dicho que lo intentes; que ella nos salvará a tí y a mí." -"Entonces... ¿tú?...". Fátima cae de rodillas, se santigua y dice: -"Yo, gracias a tí, soy ya cristiana." Miguel no puede reprimir una exclamación de júbilo: -"¡Fátima!" -"¡Llámame María, señor; como la madre del Crucificado."

-Cervantes, por las calles de Argel, se detiene ante la tienda de Onofre Exarque. Entra en ella y saluda al viejo mercader valenciano, que está rodeado de gente baja. Al saludarle, le dice al oído: -"Necesito hablar a solas con usted."

-Cervantes sale de la misma tienda. Su rostro refleja confianza. Al doblar una esquina, se encuentra con dos cautivos que van corriendo y gritando: -"¡La Trinidad! ¡La Trinidad!" Por otra calle se topa con otros cautivos. También se muestran jubilosos: -"¡Ya viene la Trinidad!" Cervantes se detiene y les pregunta: -"¿Rescate en puerta?" Uno de los cautivos responde: -"¡Diga vuesa merced si no es hora! Los Padres Trinitarios nunca vienen con las manos vacías." Y se van corriendo, como venían.

-Miguel en su celda. Sentado ante su <sup>mesa,</sup> mesa, medita. -"Para mí no habrá rescate. Serás, Miguel el eterno cautivo..." Toma, de la misma que tiene delante, un espejito roto, en el que se contempla un ~~instante~~ momento. Sonríe... y sigue diciendo: -"Serás el Caballero de la Triste Figura." Y rompe en una heroica y homérica carcajada. Su figura, larga, amarilla y ojerosa, con expresión melancólica, desacostumbrada en él, le ha hecho, en efecto, parecerse por un instante al tipo que ya, sin duda, comienza a cobrar vida en su imaginación.

-Un soldado del rey entra en la celda. -"Hasán Bajá te espera, cristiano." Pasa Miguel por un patio; luego, por varias galerías y estancias del palacio hasta llegar a un saloncito octogonal, con varias ventanas y diversos divanes. En uno de ellos está sentada Zulima, sola. Miguel hace ante ella una reverencia y queda de pie: -"¿Me llamaba el rey?" -"Te llamaba yo. Quiero hacerte unas preguntas. Siéntate."

-Miguel se sienta en un diván, cerca de la favorita. Esta sigue hablando: -"Me han dicho que eres orgulloso. ¿Es cierto?" -"Si por orgullo se entiende un concepto justo de ~~la~~ la dignidad, tal vez." -"Me han dicho también que eres altivo." -"Si por altivez se estima una alta idea de la rectitud, acaso." -"Me han dicho que eres desagradecido." Miguel cambia, suaviza, el tono de sus contestaciones: -"Jamás quisiera serlo ni parecerlo, señora. Yo sé cuánto tengo que agradecer a vuestra intervención; yo sé que os debo la vida... Y vos misma podréis comprobar si soy o no agradecido."

-A Zulima satisface plenamente la respuesta del español. -"Pues, si no eres desagradecido, al menos eres olvidadizo." Miguel, interesado: -"No os comprendo, señora." Zulima sigue: -"Merced a una mujer, se rescataron personas muy queridas por tí." Cervantes hace una inclinación de cabeza en sentido afirmativo. Ella continúa: -"Merced a esa mujer, ~~podiste~~ pudiste organizar lo que fué tu gran ilusión... Y cuando llegó el momento de cumplirle tus promesas, la abandonaste cobardemente..."

- Miguel siente un impulso de protesta; pero se contiene y sólo pregunta: -"¿Ella te lo ha contado así?" -"Con estas mismas palabras." -"Pues si Zoraida te lo dijo, esa es la verdad."
- En este momento surge, por detrás de un tapiz, la propia Zoraida, que se arrodilla a los pies de Zulima y Miguel. -"Eres noble, español; eres caballero! Aceptas, como verdad, que me abandonaste y no agregas, como disculpa, que te traicioné."
- Miguel, de pie, obliga a Zoraida a sentarse, mientras que dice: -"¿Vos? ¿Traicionarme vos?" -"Sí, Miguel: aquel día..."
- Onofre Exarque, en su tienda, habla con unos artesanos moros y dá órdenes para la construcción de una fragata. Les enseña unos planos. -"Quiero que sea una fragata que le llamen "la reina del mar", ¿me entendéis? El comercio de esta costa con España es cada vez mayor. Será más poderoso el mercader que cuente con más barcos..." Muestras de asentimiento de los artesanos.
- Volvemos a la escena de Zulima y Zoraida con Miguel. Este se despide de ambas. Zoraida, como término de una conversación que puede suponerse, le interroga: -"¿Volverás por casa de Muley Maluco?" -"Volveré, - repone Miguel, - si es así vuestro deseo." Cervantes saluda a las dos moras y se retira.
- Zulima, arrogante y desafiadora, dice a Zoraida: -"¡No volverá por tu casa! Me has engañado. Estás enamorada de él, y a su reserva opones tu pasión." -"Y, ¿en nombre de qué me impides que le adore?" -"¡En nombre de ese mismo amor!" Las dos mujeres se miran rencorosas, mientras que Miguel, en su celda, comienza a escribir un nuevo pliego con las palabras: "MIS QUERIDOS PADRES..."
- Hasán y Zulima. Habla ella: -"No debes dudarlo, Hasán. Nada te queda por hacer aquí. Eres rico, poderoso; debes complacer al Gran Turco y volver a Estambul. Tus riquezas y tus esclavos, contigo. Quede aquí la corte de los envidiosos y de los resentidos, que te odian. ¿Para qué más saqueos? ¿Para qué más crímenes? El jardinero Juan..." (SE VE, BREVISIMO, EL CUERPO DE JUAN QUE SE BAMBOLEA EN UN ARBOL DEL JARDIN, YA CONOCIDO, PRÓXIMO A LA COSTA) -"El jardinero Juan... se lo entregué a su amo... Hoy le habrá colgado de una higuera." Zulima comenta: -"¡Qué horror!"
- Hasán, con cara de codicia: -"Tienes razón, Zulima. Han llegado los Padres Trinitarios. Si pagan los rescates convenidos, cierro con ellos trato... Y todo lo demás, con nosotros, a Turquía."
- Tímidamente, y sin darle importancia, apunta Zulima: -"¿Cuánto pides por ese... pobre manco?" -"Lo daré en ochocientos ducados." -"¿No pedías mil?" -"¡No te conozco, Hasán!" -"Siempre tienes razón, Zulima. Por menos de mil no lo daré."
- Por la noche, en el jardín de Palacio. Se ve al fondo el edificio. A la luz de la luna, se deslizan unas sombras. Son Zulima y Miguel, que pasean. En los labios de ella florece una sola preocupación: -"De mis brazos no te será tan fácil escaparte!"
- Una pobre estancia, rodeada de bancos. Al fondo, una puerta. Sobre la puerta, un Crucifijo. En los bancos, sentados unos cuantos cautivos de diversa edad y vario sexo. Entre ellos, Miguel. Todos esperan. Se abre la puerta y aparece un lego de la Orden Trinitaria, que dice: -"¡Lorenzo Coronado!" Se levanta un pobre hombre tálido y entra en la habitación a que la puerta da paso. El lego agrega: -"¡Miguel de Cervantes!" Miguel se levanta y el lego le entrega un papel: -"Dice Fray Juan..." -"¿Quién es Fray Juan?" El lego, ponderativo: -"¡El Procurador General! Dice Fray Juan que para usted dispone de trescientos ducados..." -"Piden lo menos mil..." -"Pues... lo siento. ¡Son tantos los rescates que hay que procurar!" Miguel baja la cabeza y sale de la estancia: -"¡No me queda otro remedio que la fuga!"
- Entra Cervantes en casa de Onofre. Llega hasta el mismo tabuco que sirve a

Exarque de despacho. Al verle, pone el viejo mercader cara de espanto:—"¿Cómo vuesa merced por aquí?"—"Por saber cómo va esa fragata."—"¡Válgame Dios! ¿No estáis enterado de nada?"—"¡No!"—"Hasán Bajá ha descubierto vuestros nuevos planes. ¡Sois un imprudente! Escribísteis papeles, que os acusan. ¡Los tiene en su poder!" Miguel, con espontaneidad:—"Voy a explicarle..."

-Exarque, más amustado aún, y, al mismo tiempo, imperativo, exclama:—"¡No hagáis eso, Miguel, ¡no hagáis eso! No podéis exponeros, y, mucho menos, exponer, las vidas de quienes de buena fé nos proponíamos ayudarle. Hasán se ha enterado de que proyectáis la construcción de una fragata; ha mandado a esta casa emisarios y yo les he convencido de que construyo la mía con fines comerciales y que la pongo a su disposición. ¡A la disposición del rey de Argel! ¿Os ~~enteráis~~ enteráis? Y, si vais ahora vos con explicaciones, ¡sois capaz de hablar claro y de perdernos!"

-Miguel, dueño de sí otra vez, (como siempre que está en trance difícil), ríe:—"Pues, ¿qué queréis que haga?" Onofre escribe unas líneas en un papel:—"Tomad: id con este billete a casa del herrero Raul. ¿Le conocéis?" Afirmación silenciosa de Cervantes. Exarque sigue:—"El os esconderá durante el tiempo que haga falta. Y cuando Hasán haya vuelto a Turquía,... ¿Me comprendéis?" Cervantes, convencido:—"Lo comprendo y lo agradezco, Onofre. Pero yo salí esta mañana de Palacio sin la menor dificultad..."—"Desde ayer lo sabe. Seguramente explian vuestros pasos. Salid por la puerta del corral. Yo iré a veros alguna vez al escondite."—"Gracias. Y sabed, Onofre, que, ocurra lo que ocurra, jamás en mi boca sonará vuestro nombre."—"Gracias, Miguel." Cervantes abraza con su brazo derecho a Exarque y sale de la estancia.

-Ahora le vemos en un zaquizamí, que tiene un techo de vigas, un jergón en el suelo y un tabuco alto, por el que entra escasa claridad. Está Miguel sentado en el jergón. Una vieja mora, a su lado, le dice:—"Per el señor Onofre todo lo hacemos. ¡La vida que nos pidiera! Descansa aquí, cristiano; que nada te faltará. ¿Cómo te llamas?"—"Miguel."—"Nada te faltará, Miguel."

-Por las calles de Argel camina un pregonero. Le siguen varios chicos zarrapastrosos. El pregonero hace rechinar la clásica carraca y, luego, grita con voz metálica su pregón:—"¡Orden del rey! Se hace saber a las buegas gentes de esta ciudad que el cautivo del rey, Miguel de Cervantes, culpable de un crimen alevoso, ha desaparecido. Y es la voluntad de Su Majestad premiar con cien ducados a quien lo entregue vivo, y castigar a pena de muerte a quien lo oculte o encubra. ¡Cien ducados a quien entregue a Miguel de Cervantes! ¡Pena de muerte a quien lo oculte! ¡Orden del rey!"

-Mientras que este pregón ha sonado, se ha visto, sucesivamente: al pregonero, lanzándolo; a Zulima y Fátima, oyéndolo, angustiadas, desde una azotea de Palacio, y, en su casa, en el salón ya conocido, a Zeraida, sola, que exclama, cuando se ha extinguido la voz:—"¡Qué nueva infamia se prepara!"

-Vuelve a sonar la voz del pregonero:—"¡Cien ducados a quien entregue vivo a Miguel de Cervantes! ¡Pena de muerte a quien lo oculte! ¡Orden del rey!" Esta vez el pregón lo oye el propio Miguel, que se pone de pie y mira, ansioso, por el ventanuco.

-"¡Pena de muerte a quien lo oculte!" La voz del pregonero se aleja... En el patio del herrero Raul, joven y simpático, se halla éste en su trabajo. A su lado, su madre, - la vieja mora de antes, - musita, aterrorizada:—"¿Han dicho Miguel de Cervantes?"—"Miguel han dicho, madre; pero eso no significa nada!"

-En lo alto de la escalera de madera, - pobre y tosca, - que conduce al patio, se destaca la figura del poeta español, que afirma con resolución:—"¡Han dicho "Miguel" ciertamente. Y ese a quien buscan, soy yo; que no soy criminal, sino un pobre desgraciado..." El herrero, noblemente:—"Pero estáis aquí, bien guardade por nosotros."—"No, Raul: al desdichado, las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra. Yo os comprometo aquí. Mira a tu madre; tiembla la pobre de pavor. Nadie sabrá que estuve aquí. ¡Dios os bendiga!"—"Pero, ¿y vos, caballero?"—"A mí, ¡que me proteja Dios!" Decidido, se lanza a la calle. Madre ó hijo se miran, absortos. ●

- Cervantes, fuertemente atado con ligaduras que le rodean todo el cuerpo, contesta a un duro interrogatorio de Hasán: -"¿Crees que, por haberte presentado, aminoras tu culpa?" -"Creo que evito el castigo de los demás." -"¿Quiénes son tus cómplices?" -"Están en España." -"¡Mientes! Están en Argel." -"Si están en Argel, es inútil que me preguntes." -"Pero, ¿qué pretendías con esa loca insistencia de fugarte?"
- Miguel se yergue todo lo que sus ligaduras le permiten. -"¿Qué pretendía? ¡La libertad! ¿No sabes lo que es la libertad? Es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los Cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre. Por la libertad, como por la honra, se puede y debe aventurar la vida."
- Hasán, con intención: -"Tú has aventurado más." Miguel replica: -"Ya lo sé: la tortura." -"Peor aún: el cautiverio eterno. ¡Te llevaré como esclavo a Turquía!" Se le queda mirando fijamente. Miguel sostiene su mirada y, como quien le escupe una amenaza, le contesta: -"Pues en Turquía, me escaparé de tus garras, ~~mi señor~~; ¡Candido!"
- Hasán Bajá se lanza contra Miguel. El cuerpo de éste, atado, es lo mismo que un fardo. Hasán lo coge por los hombros, lo zarandea furioso... Un grito de angustia llega hasta la estancia. Hasán se queda como petrificado; mira hacia el sitio de donde el grito partió, y corre hacia allí.
- El grito lo ha dado la pequeña Fátima, que, en vano, auxilia a su ama, desmayada, en el suelo. -"¡Se desmayó, mi señor!" Hasán acude en auxilio de su favorita: -"¡Zulima! ¡Zulima!"
- Otra vez la estancia que sirve de antesala a los Padres Trinitarios. No se ve más que la puerta, que se abre. Aparece tras ella el Procurador General, Fray Juan Gil, que ostenta en el pecho, sobre su hábito de estameña, una cruz azul y roja. El Padre dice, dirigiéndose a una persona, todavía invisible: -"Pas ~~adentro~~, señora."
- En el otro extremo de la estancia se hallaba sentada Zoraida, acompañada por el venerable Dorador. Al requerimiento del Padre trinitario, se levanta la mora y avanza, preguntando: -"¿Puedo hablarle, Fray Juan, de un asunto privado?" -"Pas ~~adentro~~ sin cuidado, señora." Entra Zoraida y, detrás de ella, Fray Juan. La puerta ha quedado abierta. El Dorador, que se levantó también, ha vuelto a sentarse.
- La partida. En el puerto, varios bajeles, terminando sus operaciones de embarque de mercancías. La marinería, entre gritos y zurriagazos de los cómitres, va y viene, cargando cajas, fardos y otros bultos. Un cómitre, con su rebenque en la mano, se acerca a otro: -"Hasán Bajá quiere que todo esté embarcado a medio día." -"Y a medio día se acabará la carga."
- Chicos, alborotados, por las calles de Argel. Gesticulan y gritan como otras veces. Y cantan su canturía de siempre, aunque con otra letra:
- "¡Hasán ya se va!  
¡Hasán ya se va!  
No volverá  
jamás, jamás...  
¡Hasán ya se va!  
¡Hasán ya se va!  
Y acá vendrá  
Jofer Bajá..."
- Se oye, lejana, la música de chirrifas y tambores de los genízaros. Los chicos corren en su busca. Quedan, - en la plaza que ahora se ve, - algunos grupos de mujerucas y moros. Y comentan: -"¡Váyase para siempre!" -"¡Maldito sea!" -"¡El insaciable de suplicios!" -"¡El infatigable de crímenes!"
- Llega a la plaza, camino del puerto, la real comitiva, precedida por la banda de genízaros, que sigue tocando. En la comitiva, Hasán Bajá, seguido de varios dignatarios y jefes, - entre ellos, el cojo Dali Mami, renqueando como siempre; - la favorita Zulima, con Fátima y otras doncellas; odaliscas, esclavas, y, por último, en filas de dos en dos, encadenados, los cautivos

del rey, entre los cuales figura Miguel, altivo y sereno.

- De los abigarrados grupos que presencian el desfile, surge un angustiado grito: -"¡Miguel!" Cervantes vuelve la cabeza y descubre, tras la multitud, unos ojos que le miran y un pañuelo que le dice "¡adiós!"
- Se aleja la comitiva. Zoraida, acompañada por el Dorador, se retira hacia su casa, convulsa y abrumada.
- En los bajeles, -que son tres, - embarca la comitiva. La música de los genizaros no cesa de tocar. Todos los que embarcan pasan desde el muelle a las naves por puentes de tablas tendidos entre aquel y éstas. Uno de los puentes está cubierto por magnífica alfombra roja. Sobre ella pasan el rey, otros dignatarios, la favorita, sus doncellas y los genizaros. Los demás se reparten entre los tres bajeles.
- Cuando llega el turno a los cautivos, los cómitres los separan, repartiéndolos entre los barcos. A Miguel le corresponde el bajel real.
- Desde lejos, ya en el barco, Zulima, la favorita, dibuja en su rostro una sonrisa de triunfo. Retirada de ella, Fátima, de rodillas, reza. Alí Zaquí, el genizaro, formado con sus compañeros sobre cubierta, mira alternativamente, con ojos asombrados, a Miguel cuando entra y a Fátima cuando reza.
- Zoraida, en una calle de Argel, se arroja a los pies de Fray Juan, que venía en dirección contraria. -"¡Por caridad, Padre, por caridad!" Y se desprende de los collares que lleva encima.
- En la galera real, -en la que ondea al viento el estandarte del Turco, -se hallan los galeotes sentados en sus bancos: encasquetados sus gorros, remangados los brazos, dispuestos a comenzar su extenuante jornada de forzados. Hay cuatro asientos vacíos en los bancos. Un cómitre llega y dice, autoritario: -"¡Aquí, perros!" Se lo dice a cuatro cautivos, que llegan en ese momento. Los cuatro, humildemente, ocupan sus puestos. Uno de ellos, Miguel, -colocado en el extremo del banco, -dice al compañero que queda a su lado: -"¡Dios lo ha querido así, mi general!"
- En efecto, el nuevo-forzado que se halla junto a Miguel es el general Carrillo. -"¡Dios lo ha dispuesto!", contesta con resignación el anciano.
- Ante Miguel pasan los cómitres dando órdenes y otros cautivos, que van a ocupar también sus puestos; pero nada de esto lo ve claramente Cervantes, (y, por tanto, tampoco lo ve el público sino al través de una bruma). Miguel se ha recogido en sí mismo y ha comenzado a rezar: -"Salve, Dios te salve, Reina y madre de misericordia..."
- En su ensimismamiento, sufre Miguel, de pronto, una alucinación. Se frota los ojos. ¿Será un milagro? Ante su vista se ha presentado la Virgen María, la Reina de los Cielos en persona, que amorosamente le sonríe y le tiende los brazos...
- Miguel mira y mira...y está a punto de desmayarse. La imagen de la Virgen avanza y llega a tocarle con la mano en un hombro.
- El poeta despierta. Ante sus ojos sonríe, -como él veía sonreír a la Virgen, - el beatífico rostro de Fray Juan Gil, que dice: -"¡Miguel de Cervantes?" Miguel se pone de pie. Fray Juan agrega: -"Vuesa merced está rescatado." -"¿Yo? ¿Sólo yo? ¿Y...el general?" Fray Juan niega con la cabeza y da a entender con su gesto "que no ha podido conseguir más". Miguel insiste: -"Que él se rescate y yo ocupo su puesto." Fray Juan, dolorosamente: -"¡Imposible!" Un fuerte y último abrazo de Miguel y el general pone fin a la escena...
- Suenan clarines anunciando la partida. Un cómitre grita: -"¡Pronto! ¡A tierra, ~~avanzad~~ Cervantes atraviesa la cubierta, detrás del Padre trinitario. Cruza el puente sobre la alfombra roja. En cuanto ha puesto pie en el muelle, el puente cae y la alfombra tras él, chapeteando su extremo en el agua.

*Los que ya estorban!"*

- Grandes gritos, en el barco, pueblan los aires: -"¡Avante, bogal! ¡Avante, bogal!" Miguel se vuelve hacia el bajel real, que ahora se ve, con sus costados cubiertos de doradas inscripciones. Desde la proa, Zulima le mira fijamente... El, quieto, la mira también. Por un momento, sólo se ven los grandes ojos de ella, que se van alejando...
- Cervantes comenta: -"Me quería esa mujer." Fray Juan le dice: -"Más todavía le ama la que aquí se quedó. Merced a ella, está ~~rescatada~~ vuesa merced rescatado..." -"¡Padre!" -"No sufra inquietud. También ella se va de Argel. Es la condición única que puse... Ahora, ¡a España! ¡A España, Don Miguel!" -"¡A España, Fray Juan!"
- Miguel, a bordo de una pequeña nave. Mira ansiosamente por la borda. A su lado, el capitán del barco, a quien le dice: -"Capitán Antón: ¿podéis darme cuenta de lo que es salir de un cautiverio? El cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres." El capitán contesta: -"Ahora, en España, os espera la gloria." -"¿La gloria? ¡Sí! ¡Tenéis razón! La gloria, al lado de Don Juan!" -"Don Juan de Austria ha muerto." -"¿Eh?" La cara de Miguel refleja el dolor que ha traspasado su corazón.
- Un grito: -"¡España a la vista!" El capitán, a Cervantes: -"¡El Mongó! ¿No os sentís emocionado?" -"Pienso si el sufrimiento no habrá secado la fuente de mis emociones."
- En el pequeño puerto de Denia. Unos cuantos grupos de personas, que esperan anhelantes. Una señora anciana, apoyada en el brazo de su hija....
- Una barca, destacada de la nave, - que ha atracado a unas cuantas brazas, - que se acerca. En ella, un hombre gallardo que, de pie, mira hacia tierra. De pronto, sale de su pecho, - del pecho de Miguel, - un grito: -"¡Madre!"
- Suena más cerca otra exclamación jubilosa, ahogada por la emoción: -"¡Hijo!"
- Unos ojos ancianos, - unos ojos cada vez mayores y más llenos de lágrimas cada vez, - que miran, miran, miran...

=====